EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

VANITAS VANITATUM,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°
1877.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1876.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	Autores.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á Filadelfia	1	D. J. Estrañí	Todo.
Dos hijos	1	J. Ferez Bremon	»
El ahoiro	1	Cárlos Frontaura	»
El Conde Patricio	1	F. Sanchez Castilla	»
El doctor Escamilla	1	J. Moreno Liaño	»
El gladiador de Rávena	1	J. Echegaray	»
El matador de Vallecas	1	Manuel F. Vallejo	»
En la misma moneda	1	José Jackson Veyan.	»
La Castanyada	1	E. Vidal	»
Lo diable son las doras	1	E. Vidal	»
Ni se empieza ni se acaba	1	S. M. Graués	»
Nubes de verauo	1	Cárlos Trigo	»
Un quadro ó la barca de San Pere	1	E. Vidal	»
Por un telégrama	1	José Jackson Veyan	»
Un zapatero de viejo	1	Eugenio Rubí	»
La pau de casa	2	E. Vidal	»
La nodriza	2	Enrique Gaspar	»
Nadie es profeta en su tierra	2	J. Moreno Liaño	»
Por recoger una herencia	2	Gaspar Thous y Orts	»
Como empieza y como acaba	3	J. Echegaray	»
El número tres	3	Miguel Echegaray	»
L'art de la bruixeria	3	E. Vidal	»
Ó locura ó santidad	3	J. Echegaray	»
Pepe Carranza	3	Cárlos Frontaura	»
El fruto vedado	3	F. Sanchoz de Castro.	»
Luchas de amor	3	M. Catalina	»
Madamas y Lechuguinos	3	R. Puente y Crañas	»
Valiente noche de Reyes	3	M. Flores	»
Vanitas vanitatum	3	M. Echegaray	»



VANITAS VANITATUM.

VANITAS VANITATUM,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA la noche del 24 de Enero de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.		ACTORES.
LEONOR....................	Sras.	Fernandez.
PILAR.....................		Álvarez de Hernando.
RAFAELA..................		Morera.
LUIS......................	Sres.	Mario.
SAN MARTIN................		Aguirre.
MANUEL....................		Zamacois.
DON ANTONIO...............		Ballesteros.

ACTO PRIMERO.

La escena representa sala bien amueblada: puertas laterales y en el fondo; balcon á la izquierda; velador con periódicos y libros; cortinas, etc.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO, con un libro en la mano.

¡Qué saber, qué inteligencia,
qué estilo tan admirable!
¡Con qué libro tan notable
he enriquecido la ciencia!
Lleno de sana doctrina,
estudia, juzga y condena
al tabaco que envenena
con su infame nicotina.
(Abre el libro y lee declamando.)
«Tabaco! Maldito nombre
»contra el que predico en vano.
»Polvo vil americano,
»tú acabarás con el hombre.
»Con tu veneno, que empaña
»y nubla la inteligencia,
»has sembrado esta indolencia
»que va á acabar con España.

»Del uno al otro confin
»de la tierra en tu paseo,
»has derramado el mareo,
»y la tisis y el spleen.
»Tú eres la melancolía,
»y la pipa y la cerveza
»han llenado de tristeza
»á la Alemania sombría.
»Y de cien crímenes reo,
»trafica y medra villano
»el bolsillo americano
»con el pulmon europeo.»
(Cierra el libro y le deja en la mesa.)
Qué libro! Voy á asombrar
al mundo con mi saber.
El que lo llegue á leer
no vuelve nunca á fumar. (Saca un cigarro.
Máquinas de cien imprentas
por mí probarán sus bríos,
y en cuanto vengan los mios
seré director de rentas.
Muchos creerán que es locura
cuanto aseguro. En verdad,
decir á la humanidad
que no chupe, es cosa dura.
Pondrán en el cielo el grito,
mas venceré, por supuesto.
Si no fuese tan modesto...
¡Qué defecto tan maldito!
La ignorancia y la malicia
en las alturas están,
y yo... Los mios vendrán
muy pronto y me harán justicia.
¡No te desvanezcas presto,
oh esperanza dulce y santa,
como el humo de la planta
del libro que yo he compuesto!

ESCENA II.

D. ANTONIO, PILAR.

Entra por la derecha y se pasea agitada.

PILAR. ¡No viene, no!
ANT. Pilar, hija,
¿cómo estás?
PILAR. Desesperada!
Á mí sola me suceden
estas cosas.
ANT. ¿Qué te pasa?
PILAR. Vaya un dia de mi santo
que estoy pasando! Qué infamia,
qué manera de mentir,
qué informalidad, qué calma!
ANT. ¿Pero quién es el culpable?
PILAR. Fie usted en sus palabras,
en sus promesas. No viene!
ANT. (Adios! Está enamorada!
Ese Luis de mis pecados...
Y yo que tranquilo estaba!)
Vamos, no te desazones.
PILAR. ¿Pero no ves cómo tarda?
ANT. Ya vendrá.
PILAR. Si no hay aguante!
Voy ahora mismo á su casa.
ANT. Niña!
PILAR. No puedo esperar.
Iré con una criada.
ANT. Pero ¿estás demente?
PILAR. Estoy
loca! ¿No ves qué desgracia?
ANT. Cómo desgracia?
PILAR. ¿Qué golpe?
ANT. ¿Cómo golpe?
PILAR. Si me engaña!
¿Qué van á pensar las gentes
si hoy me ven sin él?
ANT. Muchacha!

(Pilar corre al balcon.)

PILAR. ¿Es aquella?

ANT. ¿Cómo aquella?

PILAR. La modista, madame Clara.

ANT. La modista? Ya comprendo.

PILAR. No es aquella! Qué tardanza!

ANT. Bah, bah; ¿esperas un vestido?

PILAR. (Vuelve al proscenio.)
No un vestido, treinta varas
de raso y de terciopelo,
y de encaje, con cascadas,
y bullones, y rizados,
y barrancos y montañas.
Un capricho, una creacion,
una magnífica falda
que he de estrenar la primera,
si no he de morir de rabia.

ANT. ¿Conque una falda? Qué asombro!
El bolsillo se me pasma!
¿Será cortita?

PILAR. No es corta.

ANT. ¿Es larga?

PILAR. Qué ha de ser larga?

ANT. ¿De verano?

PILAR. Es terciopelo.

ANT. Ya, de invierno.

PILAR. Si es de gasa.

ANT. ¿De qué color?

PILAR. No le tiene

ANT. No le tiene!

PILAR. Qué ignorancia!

ANT. Pues no entiendo...

PILAR. Es un compuesto
de luces, de sombras y aguas.

ANT. ¿Estás en tí?

PILAR. Un poco de aire
que ni se ve ni se palpa.
Un traje á lo Luis catorce.

ANT. Qué! Luis catorce con faldas.

PILAR. No viene! Este es un complot.

ANT. Vamos, siéntate, ten calma.

PILAR. Si Leonor la del segundo

lo estrena; si se adelanta
no podré sobrevivir
á tan horrible desgracia.
¿Qué dirán de mí las gentes?
Quedo vencida, humillada.
Yo voy á su casa.

ANT. Niña!
(Pilar corre al balcon.)

PILAR. No, no parece. ¡Qué raza
de víboras las modistas!
Qué suerte tan desgraciada! (Gritando)
¡No viene mi Luis catorce!

ANT. (Cerrando el balcon.)
Pilar, Pilarcita, calla.
Si te oye la vecindad...
¿Quieres estarte sentada?

PILAR. No puedo: no me atormentes.

ANT. Vamos, no son todas malas
noticias.

PILAR. Pues qué sucede?

ANT. Muy pronto. Quizás mañana
subimos. Seré de fijo
director, y sin tardanza
haré que me den un título
de marqués.

PILAR. Quién lo pensára!
¿Pero tú marqués de qué?
Como no tenemos nada...

ANT. Se inventa un nombre sonoro.
Seré marqués de la fama.

PILAR. Y los marqueses de veras
se reirán.

ANT. Tendremos calma.
Diremos que es heredado
de un pariente de la Habana.

PILAR. (Loca de alegría.)
¡Yo marquesa, yo marquesa!
Habrá que poner las armas
en la puerta.

ANT. Claro está.

PILAR. Y en el balcon.

ANT. Sí.

PILAR. Y bordarlas
en los manteles.
ANT. Pues no.
PILAR. Y en los cubiertos grabadas
se han de ver.
ANT. Es natural.
PILAR. Y en tus pañuelos.
ANT. (Ya escampa!)
PILAR. Y en el papel de escribir.
ANT. Así se hará.
PILAR. Y en tu cama.
ANT. Hija, hasta en las zapatillas
me vas tú á poner las armas!
PILAR. Marquesa la servidumbre
me ha de llamar. No faltaba
más.
ANT. ¿La servidumbre?
PILAR. Toda.
ANT. (Es decir, Rafaela y Juana.)
PILAR. (Con mucho orgullo.)
Ah! qué título mi título
y qué casa nuestra casa!
ANT. Y qué gran libro mi libro!
PILAR. Y qué gran falda mi falda! (Sale D. Antonio.)

ESCENA III.

DICHOS, RAFAELA.

Entra Rafaela por el fondo con un ramo de rosas.

RAF. Señorita...
PILAR. ¿No ha venido?
RAF. Este ramo...
PILAR. (Sin mirarla.) Qué cachaza!
RAF. Para usted.
PILAR. Que vaya pronto,
inmediatamente Juana.
RAF. Como es su santo...
PILAR. El portero
que la busque y que la traiga
muerta ó viva.

RAF. (Presentándosele.) De don Luis.
Es don Luis el que le manda.
PILAR. ¿Pero no me oyes, mujer?
RAF. Este ramo la regala
don Luis.
PILAR. Bien, bien. Qué fastidio!
RAF. Son rosas.
PILAR. (Examinándole.) Si fueran dálias...
RAF. ¿Qué hago de él?
PILAR. (Con indiferencia.) Déjalo ahí.
RAF. Se van á secar y es lástima.
PILAR. Qué importa. Mandarme rosas!
RAF. Qué frescas!
PILAR. Si fueran dálias.
Me van á sentar muy mal
con el traje. Qué mañana
tan triste! Qué contratiempo,
qué rato! Si tengo ganas
de llorar! Ya estoy nerviosa.
¡De fijo me pongo mala! (Sale por la derecha.)

ESCENA IV.

RAFAELA, después LUIS.

RAF. Pobres rosas!... Qué bonitas!
Voy á ponerlas en agua.
(Pone el ramo en el balcon.)
Son de Luis y ella las tira
y yo las guardo y él... Llaman?
(Entra Luis por el fondo.)
LUIS. Rafaela!
RAF. (Con interés.) (Luis!)
LUIS. ¿Qué te ha dicho?
¿Dónde está? Ya levantada?
¿Me espera? La gustó el ramo?
¿Qué te ha contestado? Habla.
Ah! perdone usted, Rafaela.
La hablo con una confianza...
RAF. ¿Á qué tratarme de usted?
Yo soy sólo una criada.
LUIS. Hoy, pero ayer...

RAF. ¿Quién se acuerda
del ayer?

LUIS. (Mirándola.) (¡Pobre muchacha!)

RAF. Ya he visto á la señorita.

LUIS. ¿Te habló de mí?

RAF. Qué irritada
está!

LUIS. ¿Pues en qué he faltado?

RAF. Pasó toda la mañana
al balcon.

LUIS. Dios nos asista!

RAF. Furiosa por la tardanza.

LUIS. Hija mia, los negocios...

RAF. ¡Qué humor, qué génio y qué cara!
¿Á qué prometer?

LUIS. Si yo
nada he prometido, nada.

RAF. La señora del segundo
la va á derrotar. Qué infamia!

LUIS. Celos? Por la del segundo!
Pero si me es antipática.

RAF. ¡Pobre del que fía en gentes
que se han educado en Francia!

LUIS. En Francia yo?

RAF. ¡Qué manera
de mentir!

LUIS. Cómo?

RAF. Qué raza
de víboras las modistas!
Si hoy no la traen la falda
¿qué van á pensar las gentes?

LUIS. Cómo! Qué me dices? Calla!
Por un vestido...

RAF. ¿Un vestido?
No señor, una cascada
de raso y de terciopelo!

LUIS. ¡Y olvida la muy ingrata
por treinta varas de raso
y diez ó veinte de gasa
cien latidos de mi pecho,
mil suspiros de mi alma!
Es el orgullo el defecto

de esa pícara muchacha.
¿Y por qué? Si es su familia
humilde, oscura, olvidada,
si su padre nada ha sido,
ni es hoy, ni será mañana,
ni nadie se ocupa en leer
sus escritos sin sustancia?

RAF. Pues jura ser director.

LUIS. Director? Como yo Papa.
Señor; cuántas pretensiones
sin tener en qué fundarlas!

RAF. No se aflija usted, don Luis.

LUIS. ¿Cómo don Luis? No me hablabas
así en otro tiempo.

RAF. Ah! no.

LUIS. Deja el don. ¿Por qué me tratas
con tan profundo respeto?

RAF. Si don Luis lo quiere...

LUIS. Vaya,
pues no.

RAF. (Sonriendo.) Si se empeña Luis...

LUIS. Así... bien... (Pobre muchacha!)
Pero ¡qué veo! Mi ramo!
(Acercándose al balcon.)
Qué tal? Si le ha puesto en agua.
No me olvida. Pobrecilla!
Y yo infame la acusaba.

RAF. Pues el ramo la enfadó.
Usted cometió una falta.

LUIS. ¿Yo una falta?

RAF. Mandar rosas!
Sólo sientan bien las dálias
con el traje nuevo.

LUIS. Ya
voy en seguida á buscarlas.
(Tiene razon. Soy un zote.)

RAF. Le van á costar muy caras.
Ya es tarde. Aquí viene.

LUIS. Sí.

RAF. Procure usted consolarla.

LUIS. La consolará mi amor.

RAF. Ah! si su amor se cortara,

se cosiese y se rizase
y se midiera por varas,
la consolaba de fijo,
vaya si la consolaba.
Luis, adios.

LUIS. (Mirándola.) Adios, Rafaela.
RAF. (Está demente!)
LUIS. (Está guapa.)

ESCENA V.

LUIS, PILAR, por la derecha.

LUIS. (Corriendo á ella.)
¡Pilar, querida Pilar!
PILAR. Esa mujer va á perderme!
LUIS. Qué, no te alegras al verme?
PILAR. Vaya, no me he de alegrar.
LUIS. Hija, me miras de un modo
que me pones en cuidado.
PILAR. ¿No sabes, no te han contado
mis desgracias?
LUIS. (Con tono solemne.) Lo sé todo.
Sé que un miserable extraño
te ha burlado y te ha mentido;
sé que el corazon te ha herido
la aguja del desengaño;
sé que tu pecho intranquilo
esperando no reposa;
sé que tu vida preciosa
está pendiente de un hilo.
PILAR. (Irritada.) Eso es: búrlate de mí.
De desesperarme acaba.
Esto sólo me faltaba.
Despues que me ves así.
LUIS. Perdona si te he ofendido.
PILAR. Vienes á agravar mi mal.
LUIS. Me duele ver un rival
en un mísero vestido!
PILAR. Mísero! Linda expresion!
¿Un vestido?... Quién te ha dicho!...
¡Es una gasa, un capricho,

una nube, una ilusion!
Ah! madame Clara... Vencida
jamás ha sido. ¡Es el Cid
cortando! No hay en Madrid
tijera más distinguida!

LUIS. Oyéndote me confundo.

PILAR. Nací muy desventurada!
Pero tú que entiendes... (Con desden.)

LUIS. Nada.

PILAR. Bien dice la del segundo.

LUIS. Hola! ¿Se ocupa de mí?
¿Y qué dice en conclusion?

PILAR. Que no tienes distincion
y no me comprendes.

LUIS. (Disgustado.) Sí?

PILAR. Que no te vistes en Francia,
ni sabes hablar francés,
ni comprendes lo que es
moda, ni chic, ni elegancia.
Que no tienes gusto.

LUIS. No?
El quererte habla en mi abono.

PILAR. Flores?... Calla! Es de mal tono
eso, de moda pasó.
No me digas tales cosas,
que vas á amargar mi vida!

LUIS. (Qué cosa tan divertida
son estas niñas nerviosas!)
Cuanto hablo te maravilla;
mas ¿qué he de hacer, si te adoro
con traje de lana ó de oro,
en principal ó en bohardilla?

PILAR. Yo en bohardilla! (Ofendida.)

LUIS. Sí señor.
Nada empaña tu belleza.
Con pañuelo á la cabeza.

PILAR. Yo con pañuelo! Qué horror!
Jesús! Si te oyese ahora...
Ella que es mujer de mundo.
Bien dice la del segundo.

LUIS. Dále con esa señora!
Me trata sin compasion.

¿Y qué dice? Acabarás!

PILAR. Que nunca me llevarás
en coche.

LUIS. Tiene razon.
¿Qué hacer? Iremos á pie.

PILAR. Qué cosa tan divertida.
¡Ir á pie toda la vida!

LUIS. Es muy sano.

PILAR. (Escandalizada.) Cállate.
¡Yo ir á pie! Marchar detrás
de gente de baja esfera!
¡Yo pasar la vida entera
al nivel de los demas!
¡Ver mi vestido manchado
de polvo, de cieno y lodo!
¡Sentir que me clava el codo
y me pisa el cuarto estado!
Oh, jamás! Lo he decidido
al mirar mi pie ligero,
la pluma de mi sombrero
y el raso de mi vestido!

LUIS. (Irritado.) ¡Que esos pensamientos llenen
tu cabeza dia y noche!

PILAR. ¿Quién en Madrid no va en coche?

LUIS. Todos los que no le tienen.

PILAR. Pues yo he de tenerle. En fin,
lo quiero.

LUIS. ¡Ese es tu ultimatum!
Oh! *vanitas vanitatum*!

PILAR. Eso es: habla ahora en latin.
Luis, yo no sé lo que un dia
unió nuestros corazones.
No tienes aspiraciones
ni ambicion. Quién lo diría!
Mal, muy mal te vas á ver.
¿Cuando va en coche Leonor,
he de ir yo á pie?

LUIS. (Fingiendo conformidad.) No señor.

PILAR. No es posible.

LUIS. Qué ha de ser!

PILAR. Sería martirio horrible.
Si sale á veranear,

¿cómo me voy á quedar
en Madrid?

LUIS. Es imposible.

PILAR. Mi orgullo no lo consiente.
Si ella estrena un traje...

LUIS. Tres
debes hacerte.

PILAR. Eso es.

LUIS. Más ricos.

PILAR. Perfectamente.

LUIS. (Cogiendo el sombrero.)
Hasta la vista.

PILAR. Qué miro!
¿Te marchas?

LUIS. Sí.

PILAR. ¿Volverás?

LUIS. En seguida.

PILAR. ¿Dónde vas?

LUIS. (Furioso.)
¡Arriba á pegarla un tiro!

PILAR. Ven aquí. Vas á comer
en casa. Es mi santo hoy.

LUIS. ¿Viene Leonor?

PILAR. Sí.

LUIS. (Alejándose.) Me voy.

PILAR. Escucha.

LUIS. No puede ser.
Si no cabemos aquí
juntos.

PILAR. Ven, deja el sombrero.
Despues que tanto te quiero...

LUIS. Me has puesto fuera de mí!
No la quiero ver, Pilar.

PILAR. Ah, bien dice la señora
del segundo. (Llorando con coquetería.)

LUIS. Pues no llora!

PILAR. Que vas á hacerme llorar.

LUIS. Cállate, me quedo, bueno.
Ya me tienes resignado.
(Como se siente á mi lado,
no hay remedio, la enveneno!)

ESCENA VI.

DICHOS, LEONOR.

Entra Leonor por el fondo lujosamente vestida.

LEONOR. (Con afectada amabilidad.)
Muy buenos dias, Pilar.
LUIS. (Ya está aquí; yo me retiro.)
PILAR. (Retrocediendo descompuesta.)
(Cielos! Qué veo, qué miro!
Bien hacía en sospechar!
¡El vestido! Lo estrenó!)
LEONOR. Adios, Pilar.
PILAR. (¡Y en mis dias!)
¡Luis catorce! (Con desesperacion.)
LUIS. (Acercándose.) ¿Qué querías?
Luis Sanchez me llamo yo.
PILAR. ¡Luis catorce, me han vendido!
LUIS. ¡Luis catorce? (Estupefacto.)
LEONOR. (Aproximándose.) ¿Cómo estás?
LUIS. (Bajo á Pilar.)
(¿Qué te pasa? Acabarás!
PILAR. (Bajo á Luis, con desconsuelo.)
¡No ves! Estrena el vestido!
Esta es una vil traicion!
LUIS. ¿Quieres callarte? (Bajo.)
PILAR. (Id.) ¡No quiero!
Yo estoy mala, yo me muero.
Me va á dar la convulsion!)
LUIS. (No la ha dado poco fuerte!)
LEONOR. Verte, Pilar, deseaba,
y como vestida estaba
en casa, he bajado á verte.
PILAR. (Como en su casa!)
LUIS. (Qué arpía!)
LEONOR. (Qué es esto? No me contesta!
Ah! *mon Dieu*!Qué niña esta.
Qué educacion. Quién diría?...)
Pilar, contesta por Dios,
quiero besarte, es muy justo.

Qué hermosa estás!
(Se besan con mucho calor,)

LUIS. (Con qué gusto
se morderían las dos.)

LEONOR. ¿Y usted, Luis?... Bien... Trabajando
mucho en su noble carrera.

LUIS. No tanto como quisiera.
(¡Se rie! Se está burlando!)

LEONOR. Lo mucho que vale sé.

LUIS. (Ya estoy verde y amarillo.)

LEONOR. (Con tono de proteccion.)
Si tengo algun asuntillo
á usted se lo confiaré.

LUIS. Gracias.

LEONOR. No pleiteo ahora.
Es necesario ayudar
al que empieza á trabajar.

LUIS. Gracias, mil gracias, señora.

LEONOR. Usted tiene porvenir.

LUIS. (Bajo á Pilar.) (Adios, volveré á comer.

PILAR. ¿Dónde vas?

LUIS. (Bajo.) Si á esta mujer
no la puedo resistir.

PILAR. Espera.)

LEONOR. (¿Se marcha?)

LUIS. Adios.
(Sale por el fondo precipitadamente.)

LEONOR. (¡Qué modo de producirse!
Marcharse sin despedirse
de ninguna de las dos.
Con su traje se concilia
muy mal este proceder.
Ah! *mon Dieu*! no debe ser,
no es, no, de buena familia.)

ESCENA VII.

PILAR, LEONOR.

LEONOR. ¿Habeis reñido, Pilar?

PILAR. No tal.

LEONOR. ¿Qué te pasa?

PILAR. Nada.
LEONOR. Es claro; estás empeñada
en no quererme escuchar.
Ese hombre, por qué entra aquí?
Insisto, aunque te alborotes,
no tiene prendas ni dotes
que le hagan digno de tí.
Si cae esta situacion,
tu papá por su saber
de seguro ha de tener
influencia y posicion,
y tú debes aspirar
á algo más que un leguleyo
pobre, modesto, plebeyo,
sin distincion y vulgar.
PILAR. Un abogado...
LEONOR. (Con mucha afectacion.) Sin duda,
que es fuerza ser indulgente
con quien salva al inocente,
con quien defiende á la viuda.
Es mision providencial
que ni humillo ni rebajo,
mas vivir de su trabajo...
eso es internacional.
Soy quien soy, oirlo sueles,
me llamo como me llamo;
de los Guzmanes proclamo
en mi escudos y cuarteles.
Él trabaja y que le alabes
no lo puedo resistir.
Mi divisa: «ántes morir
que trabajar:» ya lo sabes.
Hoy que me toca el abono
conmigo al palco vendrás
y allí conocer podrás
á jóvenes de buen tono.
Allí olvidarás á Luis.
Mi círculo ilustre es.
No se habla más que en francés,
mon Dieu, francés de París.
Allí á San Martin verás.
Ya de su quinta ha venido,

Veros hoy ha prometido.
Ese te conviene más.
Voy á compras, hija mia.

PILAR. Vuelve, que á comer te espero.

LEONOR. Vendré. Gastando dinero
se me pasa todo el dia.
Voy á comprar un encaje.

PILAR. Por aquí. (Por la izquierda.)

LEONOR. Vuelvo al contado.
Sólo por verte he bajado.

PILAR. (Sí, por enseñarme el traje.) (Salen.)

ESCENA VIII.

SAN MARTIN, MANUEL.

Entran por el fondo: San Martin delante, detrás Manuel, muy cabizbajo.

MANUEL. Ah!

MARTIN. Vuelta con tus suspiros!
¿No puedes callarte?

MANUEL. Ah!

MARTIN. Cobarde!

MANUEL. Maldita suerte!
Cómo no he de suspirar?
Cuando hace un año venía
á esta casa, era un bajá,
un millonario, y ahora...
ahora...

MARTIN. Vuelves á empezar!

MANUEL. ¿Qué se hicieron nuestras tierras?
¿Tus caballos, dónde están?
¿Dónde mis perros de caza,
mis coches?

MARTIN. Acabarás?

MANUEL. Tierras, coches y caballos
se lo repartieron ya
entre los hijos de Albion
y las nietos de Abraham.
Nos han dejado por puertas
y á un balcon voy á apelar.

¡Qué bien viví envilecido!
Oh! dinero, oh! vil metal!

MARTIN. Calla, calla! Si te oyesen...
¡Tu pobreza pregonar!
Empeñarte en que eres pobre.

MANUEL. Yo no me empeño, no tal,
más la suerte...

MARTIN. Qué locura!
¿Y luégo querrás pasar
por caballero?

MANUEL. Pero hombre,
si es que lo soy.

MARTIN. Lo serás
si callas.

MANUEL. Y si no callo,
un caballero sin par
que se ha quedado de á pie
y que cuenta donde va
su desgracia.

MARTIN. Eso es indigno.

MANUEL. Pero hombre, la indignidad
es engañar á las gentes,
pedir siempre y nunca dar.

MARTIN. (Con mucho orgullo.)
¡Soy un San Martin!

MANUEL. (Imitándole.) ¡Y yo!
Nadie nos lo negará.
Ya nos ha llegado el nuestro.
Mas sin *son* qué importa el *san*?

MARTIN. Un San Martin siempre es rico.

MANUEL. Si lo pudieses probar...

MARTIN. ¿Qué harías de tu apellido
sin mí?

MANUEL. No lo sé en verdad.

MARTIN. ¿Qué harías?

MANUEL. Si se guisára
ó se pudiera empeñar...
Hasta ayer tuve reló,
una joya sin igual;
pero como era de escape
se escapó dos horas há,
y hasta la casa de préstamos

de la esquina el muy truhan
no ha parado, que fué siempre
de maravilloso andar.

MARTIN. Es mucha tu cobardía.

MANUEL. Y mayor tu ceguedad.
¿No fuera mejor decir
lo que nos sucede, hablar
á los amigos, su apoyo
pedir? Nos dieran quizás
un destinillo.

MARTIN. (Escandalizado.) Un destino!

MANUEL. Yo me encuentro muy capaz
de ser escribiente.

MARTIN. Un noble!
Si nos quieres deshonrar!

MANUEL. Hombre, si nuestra nobleza
no es tan antigua ni tan...
Si nosotros somos nobles
de cuarta clase á lo más;
pero en el pícaro mundo
siempre, es regla general,
quien ménos motivos tiene
es quien más hinchado está.
Pues yo sería un soberbio
cochero.

MARTIN. Qué atrocidad!

MANUEL. Y un buen ayo. Sacaría
los chicos á pasear,
y jugaría con ellos
al corro.

MARTIN. No callarás!

MANUEL. Y al marro. Si es que yo tengo
mucha flexibilidad.

MARTIN. Basta de bromas.

MANUEL. Sí, bromas.

MARTIN. Olvidas mi autoridad
de hermano mayor. Exijo
que te calles.

MANUEL. Bien está.
Me callaré, sí señor,
y te ayudaré á engañar
á las gentes, y á mentir

á la pobre sociedad;
pero el dia en que se acabe
lo poco que queda ya,
como yo no como orgullo
ni meriendo vanidad,
ni me harta la presuncion,
y el hambre, que en mí es voraz,
es muy prosáica y muy cursi
y no tiene dignidad,
á las cuatro de la tarde,
sin careta ni disfraz,
salgo á la calle, detengo
al primero que á pasar
acierte, y grito: «Señor,
escúcheme por piedad;
mi hermano es un millonario
que no tiene para pan;
yo soy todo un caballero
y tengo tierras, y el mar
es mio, pero le cedo
con toda solemnidad
tierras, caballos y escudos
por dos céntimos de real;
caballero, una limosna
por la córte celestial,
que se la pide este príncipe
con mucha necesidad!

MARTIN. ¡Insensato, loco, ciego!
¡Todos te despreciarán!

MANUEL. Si al ménos tú te casases...
Pilar no debe estar mal,
y por ser de nuestra alcurnia
quizás... ¿Qué dices!

MARTIN. (Pensativo.) Quizás.

MANUEL. Vamos, ya empiezo á ver algo
tras de tanta oscuridad.

MARTIN. Tú te callas.

MANUEL. Callaré.

MARTIN. Y me ayudas.

MANUEL. Bien está.

MARTIN. Y no te quejas.

MANUEL. Corriente.

MARTIN. Te prohibo suspirar.
MANUEL. Si es que suspiro de hastío.
Las riquezas siempre dan
spleen.
MARTIN. Entónces suspira.
MANUEL. Muchísimas gracias. Ah!

ESCENA IX.

DICHOS, PILAR, D. ANTONIO.

PILAR. (Con mucha expresion.)
San Martin? Tome usté asiento.
MARTIN. Encantadora Pilar...
ANT. Les hemos hecho esperar.
MARTIN. Sólo he esperado un momento.
PILAR. (Con exagerada finura.)
Y usted, Manuel, ¿qué me cuenta?
Está usted muy bueno.
MANUEL. Sí.
PILAR. (Á San Martin.)
Vamos, siéntese usté aquí.
ANT. (Á Manuel.) ¿Y usted, por qué no se sienta?
(Se sientan, ocupando el centro Pilar y San Martin.)
PILAR. No han venido desde Enero.
¿Por qué retirados viven?
MANUEL. (Qué bien las gentes reciben
á los hombres de dinero!)
PILAR. En su châlet los creíamos.
ANT. De verlos desesperábamos.
MARTIN. De allí venimos. (Con petulancia.)
MANUEL. (Veníamos!)
MARTIN. Allí cazamos. (Irguiéndose.)
MANUEL. (Cazábamos!)
PILAR. En no verme á no dudar
están empeñados.
MANUEL. (Apresuradamente.) Oh!
Empeñados, eso no.
(Bajo á San Martin.)
(Esto se debe negar.)

PILAR. (Á Manuel.) Al campo; qué aficionado!
MANUEL. Oh! mucho! (Si así seguimos
el mejor dia dormimos
en pleno salon del Prado.)
PILAR. Su posesion tiene fama.
Muchas veces he oido hablar
con encomio.
MARTIN. Es regular
nada más.
PILAR. ¿Cómo se llama?
Bellavista?
MARTIN. Sí señora.
Es un clima fresco y sano.
Hemos hecho este verano
alguna que otra mejora.
(Bajo á Manuel.)
(Habla: estás haciendo muecas
y me irritas: ya te escucho.)
MANUEL. (Con naturalidad.)
Oh! se ha mejorado mucho
con algunas hipotecas.
MARTIN. (Manuel!) (Bajo.)
MANUEL. Ese ha sido el yerro.
ANT. Qué dice?
MARTIN. Está distraido.
MANUEL. Sólo él la culpa ha tenido,
ese inglés, ese inglés perro.
PILAR. ¿Cómo?
MARTIN. Quiere con locura
á un perro inglés. Esos son
sus gustos.
MANUEL. (Trasposicion
le llaman á esta figura.)
ANT. No son placeres vedados.
MANUEL. Me encantan las cacerías.
¡Adios, dulces correrías!
MARTIN. Manuel!
MANUEL. Con otros cuidados...
Así pudieron llevar
en nuestros antiguos feudos
alegre vida mis deudos.
PILAR. (Con aplomo y tono pretencioso.)

Cazando suele pasar
el invierno y el estío
tambien mi tio el marqués.

ANT. Quién? Tu tio? (Asombrado.)

PILAR. Claro es.

ANT. (Bajo á Pilar.)
(Chica, quién es ese tio?)

PILAR. Su título puedo usar,
que soy su sola heredera.

ANT. (Pues si aguardas á que muera
ya te puedes esperar.)
(Bajo á Pilar.)
(Qué oportuna! Bien por Dios!)

MARTIN. Mucho celebro, Pilar...

MANUEL. (Bajo á San Martin.)
(Anda, ya podeis tratar
de noble á noble los dos.)

PILAR. (Á San Martin.)
De fijo usted no venía
á casa á felicitarme.
Los dias no quieren darme?

MARTIN. Es su santo? No sabía...

MANUEL. Nos da usted una sorpresa.

MARTIN. Aún nuestro olvido podemos
enmendar.

MANUEL. Vaya.

ANT. Hoy tenemos
algun amigo á la mesa,
y si nos quieren honrar...

MANUEL. (Apresuradamente.)
Sí, desde luégo.

PILAR. Tendría
yo tanto gusto...

MARTIN. Sería
el gusto nuestro, Pilar.

MANUEL. (Á San Martin.) (Dí que sí, dila que sí.)

PILAR. Comeremos á las cinco.

MARTIN. Tengo que hacer.

MANUEL. (De ira brinco!)

ANT. Y usted, Manuel?

MANUEL. Oh! por mí...

MARTIN. Negocios... La Bolsa... Habrá

que dejarla.

MANUEL. (Desdichada!
La Bolsa? Pues más dejada
que está por nosotros ya!)

PILAR. Me desairan!

MANUEL. Por los dos
acepto yo y eso basta.

MARTIN. (Bajo á Manuel.)
(Qué decías de subasta?
No seas tan torpe, por Dios!)
(Se levantan todos.)

ANT. (Bajo.) (Oye, Pilar.

PILAR. (Bajo.) Ya te escucho.

ANT. Es noble y muy rico está,
y no es mal mozo.

PILAR. Papá!...

ANT. Mira que te mira mucho!)

MARTIN. (Á Manuel, bajo.)
(Ves, hombre, si no mintiéramos...
¡Qué atenciones recibimos!
Somos ricos, ¿lo oyes?

MANUEL. Fuimos!

MARTIN. Y somos felices.

MANUEL. Éramos.)

ESCENA X.

DICHOS, LUIS por el fondo.

LUIS. (Se ha marchado. Alma, respira!
Moros en la costa! Adios!)
(Bajo.) Pilar. (¡Hablando los dos!)
(Bajo.) Pilar, oye. (¡No me mira!
Como es noble... ¡Al fin mujer!)

ANT. (Á Manuel.) Usted mi libro ha leido?

MANUEL. Como de fuera he venido.

ANT. Pues lo debe usted leer.
Sobre el tabaco... ¡un primor!

MANUEL. Es obra?

ANT. Maravillosa!
Si no se habla de otra cosa

en mi casa, no señor.
(Coge un periódico de la mesa.)
Aquí está el anuncio.

MANUEL. Á ver.

LUIS. (Quién habrá que esto resista?
Si soy de tan buena pasta!)

MANUEL. (Lee en voz muy alta;)
Aquí? «Se saca á subasta
la quinta de Bella-vista.»
(¡Qué barbaridad!) (Se guarda el periódico.)

ANT. ¿Qué es eso?

MANUEL. (Si lo llegan á leer!)
Propaganda quiero hacer.

ANT. Ese libro es un progreso.

LUIS. (Tirándola del vestido.) Pilar! (Niña veleidosa.)

PILAR. ¿Al fin se quedan? (Á San Martin.)

MARTIN. Pilar,
yo nunca me sé negar
á lo que pide una hermosa.

MANMEL. Oyéndole me confundo! (Á D. Antonio.)

LUIS. (Á insultarla voy á gritos!
Estos son los consejitos
de la dama del segundo!)
(Pilar examina una sortija de San Martin.)

PILAR. Qué hermoso diamante!

MARTIN. Era
de mi madre. Pobre anillo!
Es pequeño.

PILAR. Tiene un brillo!

LUIS. (Si la cojo en la escalera!
Pues no se rie la ingrata!)
Pilar, Pilar!

PILAR. (Con despecho.) Déjame.

LUIS. ¿De qué te ries, de qué?

PILAR. (¡Con qué confianza me trata!)

MANUEL. (Á D. Antonio.) Vaya, los dos la leeremos.

LUIS. (Me ha puesto fuera de mí!)

ANT. Pero ¿qué hacemos aquí?
No es hora ya? No comemos!

PILAR. Aún no ha venido Leonor.

ANT. No importa: allí la esperamos.

LUIS. Bien pensado.

ANT. Manuel, vamos.
PILAR. Pasemos al comedor.
(Salen D. Antonio y Manuel por el fondo.)
LUIS. (Se queda bajo la mesa!
Me las tiene que pagar!
(Ofreciéndola el brazo.)
Vamos, el brazo, Pilar.
MARTIN. (Ofreciéndola el brazo.)
Vamos, el brazo, marquesa.
PILAR. Ah! gracias. (Sonriendo.)
(Da el brazo á San Martin, y se apoya en él con coquetería.)
LUIS. (¡Marquesa, sí!
Marquesa la hizo de pronto.
Se van... Me han dejado tonto.
Sí, me dejan solo aquí.)
(Salen por el fondo Pilar y San Martin.)

ESCENA XI.

LUIS, despues LEONOR.

LUIS. Me ha despreciado... ¡Yo lloro
y rujo y bramo!... Ay de mí!
¿No he de bramar, si aprendí
ochenta leyes de Toro?
Yo que en verla me deleito
aquí quisiera acabar!
Tal porvenir despreciar.
Yo que ya tenía un pleito.
De esa señora intrigante
es la culpa, y de mi estrella.
La del segundo... Ay! de ella
si se me pone delante.
(Entra Leonor muy de prisa por el fondo.)
LEONOR. Nadie aún? Pues ya es la hora.
Cómo! Solo usted aquí?
¿Están ya comiendo?
LUIS. Sí.
LEONOR. Que comen ya?
LUIS. (Friamente.) Sí señora.
LEONOR. Sin esperar! (Escandalizada.)

LUIS. Por supuesto.
LEONOR. Qué gente tan desatenta!
Vamos ya. (Luis se sienta.)
(Pues no se sienta!
No me da el brazo! qué es esto?
Oh! no lo consiento!) Qué?
¿No viene usted?
LUIS. No, señora.
LEONOR. (Cómo entro yo sola ahora?)
LUIS. Cuando sea príncipe iré.
LEONOR. No entiendo.
LUIS. Estoy en desgracia.
LEONOR. Ya. San Martin... su venida...
LUIS. ¿Cómo he de ir? Si está reunida
ahí toda la aristocracia!
LEONOR. Bah! Ya entiendo. De Pilar
algun ligero desvío. (Sonriendo.)
Es muy niña, amigo mio:
se la debe perdonar.
LUIS. Sus instintos orgullosos
despierta... ¡Adios mis amores!
LEONOR. (Con afabilidad.) Siempre los aduladores
pierden á los vanidosos!
LUIS. Pues á mí nunca...
LEONOR. Á usted no.
Á usted no, pero á otros ciento.
Es que usted tiene talento
y mundo... (Con mucha expresion.)
LUIS. (Sonriendo.) Señora... yo...
LEONOR. Sin duda. (Cayó en la red.)
Le encuentro á usted obcecado.
LUIS. Leonor... (Amable.)
LEONOR. ¿Por qué tan turbado?
Si ella le prefiere á usted.
LUIS. Lo que he visto...
LEONOR. Es usted niño
lleno de dudas y duelos.
Sólo quiere darle celos
para aumentar su cariño.
LUIS. Es rico y aristocrático.
Me aventaja...
LEONOR. (Acercándose.) Qué locura!

ni en talento, ni en figura,
ni en nada. Usted tan simpático...

LUIS. Usted piensa... (*Con finura.*)

LEONOR. (*Acercándose más.*) Es que le aprecio
en lo que vale. Así ceja
y el campo libre le deja.

LUIS. Es verdad, vamos.

LEONOR. (Qué necio.)
Trasfigurado le miro.
Desgraciado San Martin!

LUIS. Señora, el brazo. (*Dándole el brazo.*)

LEONOR. (Por fin!)

LUIS. Me ha salvado usted. Respiro.

LEONOR. ¿Por qué solos los dejó?
Si él alaba sus encantos...
La vanidad pierde á tantos!

LUIS. Pues á mí nunca...

LEONOR. (*Con intencion.*) Á usted no.
(*Con mucha expresion.*)
Es que usted tiene talento.

LUIS. (*Con mucha finura.*)
Y usted, señora, hermosura.

LEONOR. Y usted modestia y finura.

LUIS. Y usted encantos sin cuento.

LEONOR. Y usted frase seductora.

LUIS. Y amabilidad usté.

LEONOR. Usted siempre atento fué.

LUIS. De usted aprendí, señora.
(*Salen por el fondo hablando con mucha animacion: cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PILAR, D. ANTONIO.

ANT. ¿Vienes de la calle?
PILAR. Sí.
Con Rafaela he visitado
á ese anciano desgraciado
que vive cerca de aquí.
ANT. Ya.
PILAR. Recorrer necesito
la calle de punta á punta.
Ya sabes, soy de la Junta
benéfica del distrito.
Todas las damas lo son
y ¿qué hacer? ¿qué se diría?
ANT. Es verdad; eso, hija mia,
está muy puesto en razon.
Va á salirme un poco caro,
pero mi honor se interesa.
PILAR. Como paso por marquesa...
Siéndolo Leonor...
ANT. Es claro.
PILAR. Llena de angustia y de afan

esta mañana he salido
llevando el mejor vestido.
Para subir á un desvan
y dar limosnas...

ANT. Sí, era
preciso.

PILAR. Ayer anuncié
mi visita y me encontré
todo el mundo en la escalera.
Mientras que yo presurosa
pasaba de ellos delante,
uno dijo: ¡qué elegante!
otro murmuró: ¡qué hermosa!
Con mil muestras de sorpresa,
iban cien chicos saltando
delante de mí gritando:
¡la marquesa, la marquesa!
Llegué arriba, tomé aliento,
dí plata, hablé conmovida,
y al punto bajé seguida
del mismo acompañamiento.
Triste dejé la escalera,
sentíq ue algo me faltaba.
ay! papá, no me esperaba
ni una berlina siquiera.
Á pie vine, llegué aquí
y dije esta gran verdad:
¡qué hermosa es la caridad
cuando se practica así!

ANT. Muy bien, niña, así me gusta.

PILAR. ¿Por qué obligarme á correr
siempre á pie?

ANT. ¿Qué hemos de hacer?
No te obligo, eres injusta.
Mi posicion... Como un loco
por tí escribo dia y noche.

PILAR. ¿Por qué no alquilas un coche?
Eso te cuesta muy poco.

ANT. Van mis negocios muy mal
y está oscuro el porvenir.
Yo no ceso de imprimir
y me gasto un dineral.

Son mis escritos portentos,
más nadie quiere comprarlos,
y por popularizarlos
tengo que darlos á cientos.
Lo mucho que valgo sé,
aunque el vulgo no lo crea,
y en cuanto ministro sea
yo me subvencionaré.

PILAR. Toma un coche.

ANT. Lo deseo.

PILAR. Leonor va á tener carruaje.
Ya ves, ese es un ultraje
para los dos.

ANT. Pues no veo...

PILAR. Vaya, es cosa que me humilla.
¡Ir á pie siendo marquesa!
Tener coche te interesa
mucho.

ANT. Á mí! ¿Por qué, chiquilla?

PILAR. Un hombre tan conocido
ir á pie!... Qué extravagancia!
Un coche ¡cuánta importancia
te ha de dar en tu partido!
Y en algun tiempo, al llegar
al poder, cuanto te veas
por fin comprendido y seas
el ministro de Ultramar,
y en un decreto elegiaco
tu filantropía exhibas
y en América prohíbas
el cultivo del tabaco;
cuando con tono altanero
el jefe de otro partido
murmure que estás vendido
al oro filibustero,
ardiendo de indignacion
podrán decir tus amigos,
de tu opulencia testigos
en tiempo de oposicion:
«¿Quién de tal hombre recela?
»¿No le conoceis de ayer?
»No le hace falta el poder

»para arrastrar carretela!»

ANT. (Admirado.) Es cierto! Y yo me oponía;
qué gran golpe! Es un portento
esta chica de talento.
Claro está; si es hija mia.

PILAR. Conqne...

ANT. Basta ya de extremos.

PILAR. ¿Habrá coche?

ANT. De eso trato.

PILAR. Alquilado es muy barato.
Treinta mil reales.

ANT. Veremos.

PILAR. Vamos, decidido está.
¿Verdad?

ANT. No digo que no.
Si no te le pongo yo
otro te complacerá.
San Martin...

PILAR. Amable es,
más no ha dicho...

ANT. No te creo.
¿Imaginas que no veo?
Es rico, pero marqués
querrá ser. En fin, merece
mi simpatía y tu amor.
¿Le haremos embajador
en Rusia si te parece?

PILAR. Bueno.

ANT. Pero mi intencion
no le digas. Si supiera...
No haga el diablo que te quiera
por la pícara ambicion.

ESCENA II.

DICHOS, RAFAELA.

Entra por el fondo con un ramo de dálias.

RAF. Señorita...

PILAR. ¿Qué querías?

ANT. Voy á salvar al país

con dos letras. (Sale por la derecha.)

RAF. De don Luis.
Manda uno todos los dias.

PILAR. (Qué gusto! Tener carruaje!)

RAF. Qué bien casadas están!
Son dálias. Le sentarán
bien á usted con aquel traje.

PILAR. ¿Con aquel traje? Ya no.
Sabes que está arrinconado.
¿Despues que otra lo ha estrenado
me le voy á poner yo?
Á ver... (Coge el ramo.)

RAF. ¡Qué bien hecho está!
Son dálias.

PILAR. (Con disgusto.) Dálias? Qué veo!
Si esto no huele. Qué feo!
Si fueran camelias...
(Tira el ramo por el balcon y sale por la derecha.)

RAF. Ah!

ESCENA III.

RAFAELA, despues LUIS.

RAF. Vaya un genio. Pobre ramo!
Siendo de Luis... Allí está.
En el tejado de enfrente
de esa casita. ¿Qué tal
con la niña? Y él la quiere!
Señor, ¿por qué la querrá?

LUIS. (Entra muy de prisa por el fondo.)
Rafaela, ¿ha tomado el ramo?
Contéstame, por piedad.
¿Está en casa? No está en casa?
¿Vino el otro? Se fué ya?
¿Ha preguntado por mí?
¿Me olvida la desleal?
¿Y la del segundo? Vino?
¿Se encuentra bien? Está mal?
¿Habló de mí? No se ha muerto
todavía? Morirá
pronto? Contesta, por Dios!

Habla!

RAF. Si de contestar
no me da usted tiempo.

LUIS. Ah! sí.
Tienes razon; es verdad.
Perdóname. Si estoy loco.
Y mi ramo, ¿dónde está?
La gustó? Le ha puesto en agua?

RAF. En el balcon debe estar.
Le ha puesto al sol.

LUIS. Sí? De veras?
(Corre al balcon.)
Aún se acuerda. Veamos... Ah!

RAF. Qué le pasa?

LUIS. (Furioso.) En un tejado!
Esto es una indignidad.
¡Sirve á un gato de almohadon
y me costó un dineral!
Infame! Yo te desprecio
y yo te abomino!

RAF. Ya?

LUIS. Tienes razon: ya era hora.

RAF. ¿Lo dice usted de verdad?

LUIS. Usted, usted, siempre usted.

RAF. Yo, Luis...

LUIS. ¿Cuándo me hablarás
de tú como en otro tiempo?

RAF. Como ya no volverá...

LUIS. No importa. Te lo suplico.

RAF. Si tanto te empeñas... (Con dulzura.)

LUIS. Ah!
Rafaela!

RAF. Luis.

LUIS. Despreciarme!
Soy muy desgraciado.

RAF. Bah.

LUIS. Nunca la he querido mucho.

RAF. Pues entónces...

LUIS. Ahí verás.
El amor propio ofendido.
Dejarme por ese...

RAF. Ya.

LUIS. ¿Entiendes?
RAF. Un poco, sí.
LUIS. ¿Me compadeces?
RAF. Sí tal,
un poco.
LUIS. Tambien tú has sido
infeliz! Más que yo, más.
RAF. Un poco.
LUIS. Todo lo tomas
con una calma...
RAF. Ahí verás.
Como yo no tengo orgullo.
LUIS. No le tienes! es verdad.
Pobre Rafaela! Mimada
por la fortuna desleal
un dia, otro te olvidó
y no se ha acordado más
de tí, dejándote pobre,
sin familia y sin hogar.
RAF. Tu padre me recogió,
y en tu casa conté en paz,
feliz, tranquila, dichosa,
horas que no volverán!
LUIS. Fué preciso separarnos.
Una mujer eras ya.
RAF. ¿No te acuerdas, Luis? Entónces
abrió tu noble papá
aquella tienda...
(Luis mira con inquietud á todas partes.)
¿Qué miras?
LUIS. (Si la llegan á escuchar...)
RAF. Hoy teneis un almacen.
Ah! Dios no os puede olvidar.
LUIS. Bien me acuerdo: en aquel cuarto
que á la triste calle da,
junto á aquella humilde reja
que apenas deja pasar
la luz, pasamos los dias
llenos de dulce amistad,
yo luchando con los Fueros
y las Córtes de Alcalá,
y tú en pugna con la aguja,

las tijeras y el dedal.
RAF. Yo á veces me levantaba,
no te dejaba estudiar
y te cerraba los libros.
LUIS. Y yo mil veces audaz
la labor te arrebataba
y te escondía el dedal,
y huía por los pasillos
y tú corrías detrás,
y á veces si me alcanzabas
me llegabas á pegar...
Mas todo con inocencia.
RAF. Eso es, sin malignidad.
LUIS. Como amigos, como hermanos.
RAF. Es claro: ¿qué éramos más?
Y los domingos! Te acuerdas?
LUIS. Dias de felicidad
eran. Íbamos al campo
seguidos de mis papás.
Jugábamos como niños,
cantábamos sin cesar,
arrancaba yo amapolas
y te despeinaba audaz
por adornarte. Del brazo
volvíamos.
RAF. Á pensar
empezabas en tu suerte;
eras ambicioso ya.
Ibas á ser abogado,
gran orador.
LUIS. Ojalá.
RAF. Y ministro. Yo decía:
«Ay Luis, tú me olvidarás!»
LUIS. Y yo juraba que no
con toda solemnidad,
y tú, Rafaela...
RAF. Lloraba
sin poderlo remediar.
LUIS. ¿Y luégo, y la despedida?
Olvidas lo principal.
Cogía una de tus manos...
(La coge una mano.)

RAF. Que te dejaba estrechar
como ahora.

LUIS. Algunas veces
mi brazo llegó á alcanzar
tu cintura. (La abraza.)

RAF. Como ahora.

LUIS. Sí, como ahora, es verdad...
mas todo con inocencia.

RAF. Eso es, sin malignidad.

LUIS. Como amigos, como hermanos.

RAF. Es claro: ¿qué éramos más?
(Se miran con cariño un momento.)
Luis!

LUIS. Rafaela! ¿Te engañaba?
Luis no te puede olvidar.

ESCENA IV.

DICHOS, LEONOR, por el fondo.

LEONOR. Qué veo! Bien! (Luis y Rafaela se separan.)

LUIS. (Nos pilló.)

LEONOR. Quién había de pensar...
Engañando á la doncella!
Qué jóven tan inmoral!

RAF. (Qué vergüenza!)

LUIS. Yo, señora...

LEONOR. Por Dios! Venga usted acá.
Un abogado, un muchacho
tan listo, tan fino, tan...
Jóven de buena familia,
amable como el que más,
rebajándose, humillándose...

LUIS. ¿Pero puede usted pensar
que yo... (Bruscamente.)

LEONOR. Vaya, no lo pienso.
Si insisto se ofenderá.
Sé muy bien que usted... Pero eso
es falta de caridad.
Si ella cree...

LUIS. (Con dureza.) Qué ha de creer?

LEONOR. Poco suspensa que está!
Já, já, já, já!
RAF. (Qué martirio!)
LUIS. Me hace usted reir... Já, já!
RAF. (Los dos se rien de mí!
¡Ingrato, ingrato!)
(Sale por el fondo sollozando.)
LEONOR. Se va,
y se va llorando.
LUIS. (Sorprendido.) Qué!
Llorando ella?
LEONOR. Es natural.
Como usted se ha reido...
LUIS. Yo!
LEONOR. Y de la dama sin par
se ha burlado...
LUIS. (Irritado.) ¿Me he burlado?
¡Eso es una indignidad!
LEONOR. Lo será, pero ¿por qué
se ha reido?
LUIS. (Voto á tal!)
LEONOR. Infeliz! Ya se veía
magistrada y no sabrá
leer.
LUIS. (La he ofendido, sí.)
LEONOR. Já, já!
LUIS. Señora!
LEONOR. Já, já!
LUIS. (¿Seré tonto, seré necio,
y orgulloso y animal?
Si esta madama... ¡Si un dia
hago una barbaridad!)
LEONOR. Ah! *mon Dieu*!
LUIS. (*Mon Dieu, mon Dieu*!
Ya no sabes decir más.)
LEONOR. Conque Luisito...
LUIS. (Bruscamente.) Señora,
¿quiere usted dejarme en paz?
(Sale por el fondo.)

ESCENA V.

LEONOR.

Jesús, Jesús! Qué modales!
Está por civilizar.
Vaya un lance! Quién diría?
Á una mujer tan vulgar,
sin nombre, sin ascendientes
ni descendientes! Qué tal?
¿Que es esto? Nadie parece.
Á ver... ¿quién me anunciará?
¡Qué casa tan mal montada!
Yo misma tengo que entrar
sin que nadie me preceda.
¡Qué mal educada está
en España la alta clase,
y la media ó sin timbrar,
y la de las capas últimas,
toda la escala social! (Sale por la derecha.)

ESCENA VI.

SAN MARTIN, MANUEL, por el fondo.

MARTIN. Bueno, bien!
MANUEL. ¿Quién se engañaba?
¿Qué recurso queda ya?
Pobre hermano! Todavía
me prohibes suspirar?
MARTIN. Me molestan tus sermones.
MANUEL. Aún insistes?
MARTIN. Claro está.
MANUEL. ¿De qué sirve tu insistencia?
La pobreza es lenguaraz,
atrevida y descarada
y al fin nos descubrirá.
Pobreza! dice lo triste
y lo mustio de tu faz;
pobreza! grita mi cara,
mi descompuesto ademan,
mis suspiros y mi modo

trémulo y triste de andar.
Hablarás de tus caballos,
de tus tierras hablarás
y de tu hermoso châlet
y de tu nombre sin par,
y el mejor dia, tranquilo,
por la ventana ojival
de un distinguido agujero
de tu elegante gaban,
á ver lo que hay por el mundo
el codo se asomará,
diciendo á gritos: socorro!
aquí ya no me dan pan!

MARTIN. Quiéres callarte!

MANUEL. Me callo.
Si pudieras acallar
del mismo modo los gritos
de esa turba sin piedad
de acreedores. Ya se ve,
tu en casa tranquilo estás
y nada ves. Yo les hablo
y voy de aquí para allá
y les suplico y les ruego
y les vuelvo á suplicar,
y empeño y pido prestado,
y oigo que me llaman truhan.

MARTIN. Pobre Manuel!

MANUEL. Pobre, sí.
Como que no tengo un real.
Ya todo Madrid lo sabe.

MARTIN. Oh! no. Yo sabré negar...

MANUEL. Bien hecho. Calumniadores!
¿Ves con qué facilidad
hacen creer?... Pero no,
no nos harán confesar.

MARTIN. (Confesar... ahora que ella
me corresponde. Jamás!)

MANUEL. Hoy tenemos casa aún
y mañana Dios dirá.
Vivir del crédito es bueno,
pero es triste no llevar
nunca un cuarto en el bolsillo

donde el aire entra no más.
¿Ya que podemos vender?
Si nos quisieran comprar
el orgullo al peso.
(San Martin se quita el anillo que lleva dedo.)

MARTIN. (Alargando el anillo.) Toma
y véte y déjame en paz!

MANUEL. Qué es eso? (Coge el anillo.)

MARTIN. Vende ese anillo.
Algo por él te darán.

MANUEL. Voy á la casa de préstamos
de la esquina. Popular
soy allí. Ya me conocen
en el modo de llamar,
y cuando falto algun dia
me pregunta muy formal
alguno: Pero hombre, ayer
no vino usted por acá?
¿Ha estado usté en cama?

MARTIN. Véte!

MANUEL. Allá voy. (Qué ceguedad!) (Sale por el fondo.)

ESCENA VII.

SAN MARTIN, LEONOR, por la derecha.

LEONOR. ¿Como está usted, San Martin?

MARTIN. Muy bien, ¿y usted?

LEONOR. (Muy afectuosa.) Ya era hora.
Hoy viene tarde.

MARTIN. Señora...

LEONOR. Pero le vemos al fin.
Y su hermano ¿cómo está?
¿cómo no viene?

MARTIN. Ocupado.

LEONOR. Es bien extraño. Pegado
á usted cual su sombra va.
Hablándole soy dichosa.

MARTIN. Mil gracias.

LEONOR. Me felicito
de verle.

MARTIN. Gracias, repito.
(No está poco empalagosa.)
¿Se va usted á lo que veo?
LEONOR. Á compras... Siempre á comprar.
Despues vendré por Pilar
para salir á paseo.
Siempre al Retiro voy yo.
MARTIN. (Qué afectacion! Jesucristo!)
LEONOR. Estas tardes no le he visto
á usted á caballo.
MARTIN. No.
Ahora salgo poco.
LEONOR. Sí.
Ya comprendo. Usted tendrá
todos sus potros allá.
MARTIN. Sí señora, están allí.
LEONOR. Ayer en la Ópera ¿cuánto
se agradeció su visita
al palco?
MARTIN. Sí?
LEONOR. Pilarcita,
la pobre, se alegró tanto!
MARTIN. Era un deber, más no creo...
no hay motivo.
LEONOR. ¿No?
MARTIN. Pilar...
LEONOR. Quiere usted disimular?
Usted piensa que no veo?
Pilar á mí me interesa
como usted.
MARTIN. Gracias, señora.
LEONOR. Ella le ama, usted la adora,
usted rico, ella marquesa.
Está todo equilibrado.
No se pueden ofender
ni la estirpe, ni el ayer,
ni la alcurnia, ni el pasado.
Hay igualdad singular
que augura un buen porvenir.
Ni usted tiene que subir,
ni ella tiene que bajar.
Sin embargo, veces cien

vale usted más...

MARTIN. (Sonriendo.) Por favor...
(Lo que es hablar, sí señor,
habla bien, pero muy bien.)

LEONOR. Soy su verdadera amiga.
De un dato le he de enterar
y un buen golpe puede dar.

MARTIN. Sí? La ruego que me diga...

LEONOR. Al teatro quiere ir
Pilar; mas que yo la lleve
á decirme no se atreve.

MARTIN. ¿Y en qué puedo yo servir?...

LEONOR. En el Real darán hoy
gran funcion fuera de abono.
Irá la gente de tono
y por lo tanto yo voy.
Si ella no va, ¡qué profundo
disgusto! Comprende usté?

MARTIN. Sí, comprendo, mas no sé...

LEONOR. Jesús! Un hombre de mundo...
De complacerla es ahora
ocasion.

MARTIN. No sé... no doy...

LEONOR. Si usted la trajese hoy
un palco.

MARTIN. (Asustado.) Quién? Yo, señora!

LEONOR. Con un rasgo así se inflama,
se conquista un corazon.

MARTIN. (Vaya una proposicion
para tan ilustre dama!)

LEONOR. Su hermoso semblante adusto
verá usted cuál se embellece
riendo.

MARTIN. (No me parece
el rasgo del mejor gusto.)
Pero un extraño... un amigo...
(¡Qué lance más apurado!)

LEONOR. Le recibirá. El cuidado
deseche. Yo se lo digo.

MARTIN. Pero el padre...

LEONOR. Pasará
porque le regalo yo.

¿Hay más objeciones?

MARTIN. No.

LEONOR. Ademas conmigo irá.
San Martin, lo dicho dicho.
Es necesario comprarle.

MARTIN. (Un palco! y con qué pagarle?)

LEONOR. Anticiparse al capricho
de una niña encantadora,
que obstáculos no consiente
y arruga la blanca frente
que la impaciencia colora,
¿es poco? Así las beldades
se vencen, con ser atento.
¿Tendré yo conocimiento
del mundo y las sociedades?
La pobre impaciente está.

MARTIN. (¡Y yo no sé dónde estoy?)

LEONOR. Va usted, San Martin?

MARTIN. (Sin moverse) Sí, voy...

LEONOR. Llamo? Rafaela irá.

MARTIN. No. Yo mismo iré por él. (Deteniéndola.)

LEONOR. (Qué servicial y qué atento!)
Vuelva usted pronto.

MARTIN. (Aturdido.) Al momento.
(Mas dónde voy? Ah! Manuel!)

ESCENA VIII.

DICHOS, MANUEL, por el fondo.

LEONOR. (Manuel. Qué jóven tan vano!
Aún no me ha hablado una vez.
No tiene la sencillez
elegante de su hermano.)
(Manuel se acerca bulliciosamente á San Martin.

MANUEL. (Estoy hecho un azacan!)

MARTIN. (¿Traes algo? (Bajo.)

MANUEL. (Bajo.) Esto es una ruina.
En la casa de la esquina
sólo veinte duros dan.
El anillo les conviene.

MARTIN. Veinte? (Bajo.)

MANUEL. (Dándoselos.) Guárdalos bien, chico.)
(Ay! ya puedo hacer de rico
hasta el domingo que viene.)
MARTIN. (Alto y con naturalidad.)
Manuel.
MANUEL. Me llamabas?
MARTIN. Vé
al Teatro Real.
MANUEL. (Con extrañeza.) ¿Yo?
MARTIN. Sí.
Compra un palco y vuelve aquí.
Aquí te espero.
MANUEL. (Asombrado.) ¡Qué! Qué!
Que vaya al Real!
MARTIN. (Bajo.) Ten calma.
¿Tienes suelto? Van ahí
quince duros. (Se los da.)
MANUEL. (Ay de mí!
Quince pedazos del alma!)
LEONOR. Yo allí me divierto poco.
MARTIN. Yo tambien. (Vaya un apuro!)
MANUEL. (Bajo.) (Hermano. ¿tú estás seguro
de que no te has vuelto loco?)
MARTIN. (Silencio!) (Bajo.)
MANUEL. (Me siento mal.
Ahora que ya nos veíamos
desahogados.) ¿No podíamos
ir á entrada general?
(Un palco! Qué horrible idea!
Un palco!)
MARTIN. (Impaciente.) ¿No vas?
MANUEL. Sí... voy...
(Siempre la víctima soy!
Un palco!) ¿Bajo ó platea?
(Esto es ponerme en un potro.)
MARTIN. Lo mismo da.
MANUEL. (Ya adivino.
Es igual: tan desatino
es el uno como el otro.)
MARTIN. (Bajo y exasperado á Manuel.)
(Qué haces ahí! Qué estás diciendo!
¿Quieres humillarme? Acaba!)

MANUEL. (Es verdad; no me acordaba
de lo que soy.) Voy corriendo.
(Me ha convertido en bagaje.
¡Voy á pasar una noche!)
(Con mucho orgullo.)
¿Ha venido nuestro coche?
MARTIN. No sé. (Turbado.)
MANUEL. Tomaré un carruaje.
(Sale por el fondo.)
LEONOR. Yo tambien le dejo á usté.
Quieto, quieto, sin cumplido.
Pilar viene. (Sale por el fondo.)
MARTIN. (Estoy perdido!
¡No sé qué hacer, no lo sé!)

ESCENA IX.

SAN MARTIN, PILAR, por la derecha.

PILAR. Aquí estás! (Con coquetería.)
MARTIN. Hace un instante
solamente que he llegado.
PILAR. Sí? Lo había adivinado.
MARTIN. Siempre tú tan elegante.
PILAR. Pues este traje... no tal...
MARTIN. Es que en tí me gusta todo.
PILAR. En casa... de cualquier modo...
(Me ha costado un dineral.)
Pero siempre tan atento...
MARTIN. Hoy estás cual nunca hermosa.
PILAR. Voy á volverme orgullosa.
(Qué hombre de tanto talento!)
MARTIN. Verte me ha tranquilizado.
Venía con un temor...
PILAR. Temor? ¿Por qué?
MARTIN. Alguna flor
temí ver en tu peinado.
PILAR. ¿Cómo en casa he de tener
flores?
MARTIN. Como te han traido
un ramo yo había temido...
PILAR. ¿Celos ya?

MARTIN. Bien puede ser.
PILAR. ¿Celos... y de Luis?
MARTIN. Quizás.
PILAR. Cómo? De Luis... Quién creyera...
Yo no digo que él no quiera...
Se insinuó, más yo jamás...
No hablará, fuera cansarse.
Es de otro mi corazon.
Los hombres sin posicion
no pueden enamorarse.
MARTIN. Pero él no tiene...
PILAR. Ni un real.
¿Pues no le ves tan mohino?
Yo en la cara lo adivino.
MARTIN. (Asustado y retrocediendo.)
Cómo! Tú?...
PILAR. (Acercándose.) ¿Te sientes mal?
MARTIN. No. (Turbado.)
PILAR. Palidecer te veo.
MARTIN. Pues estoy bien, Pilarcita.
PILAR. Dicen que ahora solicita
el desdichado un empleo.
MARTIN. Infeliz!
PILAR. Qué afortunado
quien tiene con qué vivir.
MARTIN. Sí.
PILAR. Tener que recurrir
á recurso tan gastado!
MARTIN. Basta; tal idea olvida;
hablemos de algo mejor.
PILAR. Es verdad, de nuestro amor,
de nuestra futura vida.
MARTIN. Será un dichoso vivir.
Vivir tranquilo, modesto.
Una vida...
PILAR. Por supuesto.
Te la voy á describir.
Ya muy avanzado el dia
dejo del lecho el calor,
y dedico al tocador
la primer sonrisa mia.
Teniéndote cerca á tí

le pido al cristal consejo;
yo me miro en el espejo
y tú te miras en mí.
Que muy fea no he nacido
el espejo me asegura,
y el de mis ojos te jura
que eres de veras qaerido.
Correr la mañana veo
así dichosa en mi casa
y la tarde se me pasa
con mi coche en el paseo.
Descanso en cojin mullido
y por ambas portezuelas
rebosan telas y telas
de exhuberante vestido,
alzándose audaz y fiero
cual monumento elevado
á la moda, mi peinado
por encima del cochero.
Voy feliz; el coche gira
y las calles alborota;
la yegua trota que trota,
yo suspira que suspira.
De la noche los instantes
á los teatros destino,
y yo la escena ilumino
con la luz de mis brillantes.
Flores cien en mi cabeza,
piedras mil en mi garganta,
el tenor canta que canta,
yo bosteza que bosteza.
Y así un día y tres y cuatro,
siempre con igual empleo.
El tocador y el paseo
y el paseo y el teatro.
Nadie que me contraríe;
uno que penas me ahorre;
la vida corre que corre,
yo sonrie que sonrie.
Existencia alegre y grata
por mí á todas preferida...
Lo que se llama una vida

buena, bonita y barata!
MARTIN. (Digo!)
PILAR. Y á más las carreras,
viajes y alguna otra cosa.
MARTIN. (Demonio! Esta cara esposa
va á salir cara de veras!)

ESCENA X.

DICHOS, LUIS.

Por el fondo muy contento.

LUIS. (Corre al balcon.) No me engaño, no señor.
Está á la puerta, aquí está.
Gran Dios! Si se mudará
mi amiga doña Leonor?
Un carro de muebles, sí.
¿Quién me lo dijera, quién?
(Reparando en Pilar y San Martin.)
(Mas ¡qué veo! Bien, muy bien.
¡Los dos solitos aquí!
Que tales cosas se vean!)
PILAR. Bueno, iremos al teatro.
MARTIN. Qué noche! Yo te idolatro!
LUIS. (Consternado.) (¡Se tutean, se tutean!)
PILAR. Tú mi primer amor eres.
Á nadie amé como á tí.
LUIS. (Lo que me decía á mí.
¡Cómo mienten las mujeres!)
MARTIN. Digna eres de santos nombres.
Cual yo no te quieren, no.
LUIS. (Lo que la decía yo.
¡Cómo mentimos los hombres!)

ESCENA XI.

DICHOS, MANUEL, por el fondo.

MARTIN. (¿Y el palco? (Bajo.)
MANUEL. (Bajo.) Ya está comprado.
Es de los mejores. Ten,

Pero en adelante...
MARTIN. Bien.
MANUEL. Por Dios! (Bajo.)
MARTIN. No tengas cuidado.
MANUEL. ¿Es compromiso?
MARTIN. Formal.
MANUEL. No hagas otra tontería.)
(Ay! gracias á mi energía
aún nos queda capital.)
PILAR. Leonor me vendrá á buscar
para salir á paseo;
pero tarda á lo que veo.
LUIS. (Vendrá hecha un brazo de mar.)
PILAR. Diga usted, Manuel?...
MANUEL. Señora...
PILAR. Qué hora es ya?
MANUEL. (Aturdido.) Ya deben ser...
Què hora? Vaya usté á saber...
Pues ya debe ser la hora.
¿La sabes tú, hermano?
MARTIN. (Confuso.) Sí.
Esa hora es.
LUIS. Las tres son.
MANUEL. Las tres? (¡Qué alucinacion!
Que eran las once creí.)

ESCENA XII.

DICHOS, LEONOR, por el fondo.

LUIS. (Vamos, ya está aquí. Qué traje,
qué traje tan estupendo!
Siempre está entrando y saliendo
este régio personaje!)
PILAR. Oiga! qué elegante viene!
(Qué cursi y qué recargada!)
LEONOR. ¡Qué hermosa, qué sonrosada!
(Dios mio! qué ojeras tiene!)
¿Y usted, Luis? (Acercándose.)
LUIS. Con gran dolor.
LEONOR. Dolor?

LUIS. Claro, usted se muda
y nos deja.
LEONOR. ¿Yo?
LUIS. Sin duda.
LEONOR. Quién ha dicho? No señor.
Son muebles que compro.
LUIS. Ya.
LEONOR. ¿Los ha visto usted bien, Luis?
De París.
LUIS. (Sí, de París
de la calle de Alcalá.)
¿No se muda? (Tristemente.)
LEONOR. No señor.
Por ahora estoy muy contenta,
y como no me arrepienta,
mon Dieu!
LUIS. (Imitándola.) (*Mon Dieu*! qué dolor!
(Leonor se pasea para lucir el vestido y se acerca á Pilar.)
LEONOR. ¿Le has visto ya, Pilarcita?
PILAR. ¿De quién hablas?
LEONOR. De ese anciano.
PILAR. Esta mañana temprano
le hice al pobre una visita.
Infeliz! Cuánta indigencia!
LEONOR. Bien cumples con tu deber,
querida amiga.
PILAR. ¿Qué hacer?
Soy de la Beneficencia.
LEONOR. Yo lo soy tambien. (Vivamente.)
LUIS. (Qué dos!)
PILAR. Implorar la caridad
de mis amigos...
LUIS. (Piedad!)
PILAR. Intento en su obsequio.
MANUEL. (Asustado.) (Adios!)
LEONOR. Lo que piensas hacer hoy
ayer en casa intenté,
y en mi círculo saqué
gran cantidad.
MANUEL. (Yo me voy!)
PILAR. Tantos tus amigos son

que no es extraño. Tenemos
pocos nosotros. Veremos
si tienen buen corazon.

LUIS. (De ser bueno ya estoy harto.)

(Manuel coge del brazo á San Martin.)

MANUEL. Vámonos: sal de aquí, sal!

LUIS. (Por orgullo un capital
darán estos. Yo ni un cuarto.)

(Pilar se acerca á San Martin y le pide dinero.)

PILAR. San Martin.

MANUEL. (Bajo.) (Detente, no!)

LUIS. Ya el sacrificio comienza.

(San Martin da á Pilar los cinco duros que le restan.)

MARTIN. No tengo más. (Qué vergüenza!)
Cinco duros.

MANUEL. (Me partió!)

PILAR. No fué mí esperanza vana.

(Se acerca y pide á Manuel.)

Manuel... Manuel...

MANUEL. (Confuso registra sus bolsillos.) (Yo me muero!)
Pilar... No traigo dinero...
Me olvidé... Vendré mañana...

LEONOR. (Ay! Jesús! Qué despiadado,
qué avaro, qué desatento.
Si no tiene un sentimiento
bueno este desventurado.)

MANUEL. (Algun dia la marquesa
tendrá que pedir por mí.)

LUIS. (Decir que no tiene! Aquí!
Eso nunca se confiesa.
Delante de tanta gente.
Me avergüenzo y no fuí yo.)

PILAR. Luis. (Pidiendo.)

LUIS. (Aturdido.) Pilar, vaya, pues no.

(Registra todos sus bolsillos y da cuanto dinero lleva.)

PILAR. Una onza!

LEONOR. (Perfectamente!
En un mes no comerá;
mas cumple cual caballero.)

PILAR. (Una onza. ¡Qué majadero,

qué pretencioso!)

LEONOR. (Bajo á Luis.) (Bien!)

LUIS. (Volviendo en sí.) Ah!
¿Bien, por qué? (Pero es posible!
Tambien yo. Quién lo diria!
Si he dado cuanto tenía!
Vamos, soy incorregible!)

PILAR. Gracias, señores. No en vano
he apelado á su piedad.
Gracias á su caridad
no se morirá ese anciano.

LEONOR. Con la caridad del suelo
se destierran las maldades.

LUIS. (Sí, con estas caridades
no iremos ninguno al cielo.
Ninguno, tambien me incluyo;
pues yo he dado, á la verdad,
dos cuartos de caridad,
y quince duros de orgullo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, RAFAELA, por el fondo.

RAF. Señora...

LUIS. (Pobre Rafaela!
Si pudiese hablarla ahora.)

RAF. El coche espera, señora.

LEONOR. El coche! (Sorprendida.)

PILAR. (Con orgullo.) Mi carretela.
(El coche! Yo me desmayo
de alegría!)

LUIS. (Escandalizado.) (Qué derroche!
Ya tiene la niña coche!)

PILAR. (Ha caido como un rayo.)

LEONOR. ¿Coche tú?

PILAR. (Vencida está.)

LEONOR. ¿Desde cuándo?... No sabía...

PILAR. ¿Qué he de hacer? Yo no quería,
mas se ha empeñado papá.
(Ha sido golpe maestro.
«El coche espera, señora.»

Oh! no hay frase más sonora
en el diccionario nuestro!)

LUIS. (Tiene coche! Ya qué valgo!
Irá en el coche con otro!
Así se desboque el potro,
á ver si se rompe algo!)

PILAR. ¿Qué ruido es ese, Rafaela?
¿Riñen en la calle?

RAF. Sí.
(Se asoma al balcon.)
Es que un carro que hay aquí
empuja á la carretela.

LEONOR. Ya. Son muebles de capricho
que he traido de París.

RAF. Són de casa de don Luis.

LUIS. (Disgustado.) De mi casa? Quién te ha dicho?

RAF. Es verdad: salen ahora...

LUIS. (Oh! mujeres imprudentes!)

RAF. Mire usted sus dependientes.

LEONOR. Pero es cierto? (Á Luis.)

LUIS. No, señora.

RAF. Vaya, si los veo yo
y los conozco muy bien.
Esos son de su almacen.

LEONOR. Conque usted...

LUIS. (Impaciente.) Señora, no

LEONOR. Conque su padre...

LUIS. (Sin saber lo que dice.) No tal...
Sí tal... Es decir... Yo...

LEONOR. Luego...

LUIS. (Anda! Por poco si niego
ahora á mi padre. Animal!
Vamos, hay dias fatales!)

LEONOR. (Con desden.) Ciertamente: no sabía
que usted, don Luis, descendía
de familia de industriales.

LUIS. Cómo!

LEONOR. Ofenderle no quiero. (Sonriendo.)
Es tienda que me enamora.
Su papá de usted...

LUIS. Señora!

LEONOR. Es todo un gran tapicero.

Y de esta ocasion me valgo.

LUIS. (Oh! rabia!)

LEONOR. Y me alegro al ver
que útil le puedo á usted ser.

LUIS. (Aquí va á suceder algo!)

LEONOR. (Con tono de proteccion.)
Al público distinguido
su tienda le he de hacer ver.
De ellos soy.

LUIS. (Tú que has de ser!)

LEONOR. Nací...

LUIS. (Qué has de haber nacido!)

LEONOR. (Bajo.) Ay! Pilar, quién lo creyera!
¡Es el hijo de un tendero,
el nieto de un especiero,
el biznieto de un hortera!

PILAR. (Á Leonor.) ¿Qué hacemos ya? Qué esperamos?
¿No vamos hoy á salir?

LEONOR. (Qué ocasion para lucir
mi reloj.) Ah! sí, veamos...
(Saca el reló para ver la hora, y le tiene momento en la mano para que reparen en él.)
Las cuatro. Luégo hará frio.
Vamos?

PILAR. Dispuesta estoy yo.

MANUEL. (Reparando en el reló.) (Ay! mi reló, mi reló! (Á San Martin.)

MARTIN. Calla! (Bajo.)

MANUEL. Mi reló, Dios mio!
¿No le ves?

MARTIN. Quieres callar?

MANUEL. Mi reló! (Con amargura.)

MARTIN. Vete al infierno!

MANUEL. En qué manos, Dios eterno!
fué el infeliz á parar.)

LEONOR. (Les deslumbro con mi brillo.)
Adios San Martin... Manuel...
(Extiende las manos con afectacion al despedirse para que se vean las sortijas.)

MANUEL. (Fijándose en la mano que le tiende Leonor.)
(Tu anillo! tu anillo! Es él! (Á San Martin.)

MARTIN. Calla! (Bajo.)

MANUEL. En su dedo tu anillo!

LUIS. (Joyas y dijes sin tasa.
Es un mostrador dorado.)

MANUEL. (Esta señora ha cargado
con cuanto había en mi casa.

(Leonor se dirije á Pilar, extendiendo las manos con amaneramiento.)

LEONOR. Pilar, vámonos por Dios!

(Pilar ve la sortija y retrocede.)

PILAR. (Que veo! La forma... el brillo!
De San Martin el anillo!)

LEONOR. Vamos.

PILAR. (Mirando á San Martin y á Leonor.)
(Me engañan los dos!)

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.

Es verdad! No lo he soñado!
¿Quién lo había de decir?
¡Un pleito, ya tengo un pleito!
Me voy á estrenar por fin.
Tengo un pleito, ¿y contra quién
entablo la accion civil?
Contra la cima y la cúspide
de la nobleza de aquí,
contra la novena esencia
de la elegancia y del chic,
contra Leonor de Guzman
de Carvajal y San Luis.
¡Aun no ha pagado los muebles!
Ah! ya me extrañaba á mí
que dama tan principal,
segun ella da en decir,
con puntualidad pagase
cual pobre chisgaravís!
Oh! señora del segundo,
mi venganza va á venir

y por tramposa en la trampa
de la ley has dado al fin.
Con dos rasgos de mi pluma
voy á mandarte á vivir
del hermoso Saladero
en suntuoso camarin
entre príncipes del Rastro
y reyes de Chamberí.
Por estafa en Filipinas
vas á pagar tu deslíz
y juntas se van á ver
para asombro de Madrid
á las Leonores de acá
con las Marianas de allí.
Y si el petróleo en Europa
enciende nuevo jollin,
me voy á hacer comunista
y te corto la cerviz
para ver si dentro tienes
solo aire ó sustancia gris.
Aquí me humillaste tú,
pues yo he de humillarte aquí,
y armado con las Partidas
juro que te he de partir!

ESCENA II.

LUIS, D. ANTONIO, por la derecha.

ANT. (Lleno de entusiasmo.)
¡Los mios! Suben los mios!
Lo he leido! No es un sueño!
El turno al fin nos llegó.
He tumbado al ministerio
con mi artículo del mártes.
¡Si era un escrito soberbio!
LUIS. Le veo á usted...
ANT. Contentísimo!
¿Y usted, Luis?
LUIS. Tambien contento.
ANT. Perdóneme usted, Luisito,
más detenerme no puedo.

Voy á recorrer las calles,
los cafés, los ministerios;
voy á ver á mis colegas,
á hablar con mis compañeros,
á asombrar con mi palabra,
á ilustrar con mis consejos.
El que en tal dia se esconde
perdido está sin remedio
y siempre el osado alcanza
lo que merece el modesto.

LUIS. Es verdad.

ANT. Usted disponga
de mí como en otro tiempo.
El mismo soy, aunque cambio
de posicion.

LUIS. Por supuesto.
Mil gracias.

ANT. Y si es que usted
necesita algun empleo...

LUIS. Oh! no. Trabajo bastante.
Tengo mi bufete abierto.

ANT. Bien, en fin, piénselo usted.
(Es ya tarde, voy á verlos.
Son capaces de olvidarme;
pero no, ¿qué fuera de ellos
sin mí, sin mi ilustracion,
sin mi voz, sin mi talento!)
(Sale por el fondo.)

ESCENA III.

LUIS, RAFAELA, por la izquierda.

LUIS. (Qué séria está. Pobrecilla!
Tiene razon. Desde aquel
lance ya no nos hablamos.
(Rafaela al verle retrocede.)
¡Me dejas!

RAF. Tengo que hacer.

LUIS. Rafaela... (Suplicante.)

RAF. ¿Qué quieres, Luis?

LUIS. Rafaela, perdóname!

RAF. Perdonarte... (Friamente.)
LUIS. No merezco
que me perdones, lo sé.
El demonio del orgullo
mi alma consiguió perder.
Al mostrador de mi casa
mostré cara de desden;
la vara de la justicia
fué mi ambicion y dejé
la de medir; de tí lejos
el mismísimo Luzbel
en mí encendió la soberbia
y como globo me hinché;
quise subir y subir
y dominar y crecer,
y un dia me descubrieron
y de repente bajé,
y mustio y hecho girones
hoy por el suelo me ves!
RAF. Cruelmente me has ofendido.
LUIS. No te ablandas: haces bien.
Ah! ¿por qué dejé de verte?
¡Me encanta tu sencillez!
Al ver que tu amigo fuí
y que aún quizás lo seré,
aunque peque una vez más,
me quiero enorgullecer.
Si eres plebeya, plebeyo
como tú me llamaré;
si vulgar, bendita sea
tu vulgaridad, amen,
pues con tanta distincion
loco me van á volver;
de hoy más el percal prefiero
al terciopelo de Utrech,
y á una corona ducal
la que Dios te dió al nacer
en esas divinas trenzas,
que aunque de plata no es,
no hay oro en el mundo entero
con que pagar tal joyel!
RAF. Pilar vale mucho más.

LUIS. No me hables de esa mujer.
Tiene el alma más oscura
que el antro de Lucifer,
que en fuerza de tener humos
negra cual hollin se ve.
¿Pero te marchas, me dejas,
no escuchas mi yo pequé?
(Rafaela coge un libro, que habrá sobre la mesa y se dirige al fondo.)

RAF. Voy á llevarme este libro.
Como le llegase á ver
mi señorita... Qué horror!
Sobre su mesa... ya ves...
mi libro de misa!

LUIS. ¿Tuyo?

RAF. ¿No le conoces?

LUIS. No á fe.

RAF. ¿No le recuerdas?

LUIS. (Cogiendo el libro.) Ah! sí.
Te le he visto alguna vez.

RAF. Me le regalaste tú.

LUIS. Qué memoria más infiel!
Es verdad... ¿Y aún le conservas?
Si está nuevo... Á ver... á ver...
(Hojea el libro.)
¿Qué hay dentro? Versos... estampas..
imágenes...

RAF. Ya lo ves.

LUIS. Oh! pobre libro de misa,
que en tales manos se ve,
qué bien simbolizas tú
el alma de la mujer!
Tan religiosa, tan mística,
tan piadosa, y á la vez
llena toda de caprichos,
de manías, de no sé
qué recuerdos, qué esperanzas,
qué sueños!... ¿Qué es la mujer?
Este libro y nada más.
¡Amar, sentir y creer!
(Encuentra un pensamiento entre las hojas.)
Mas ¿qué es esto? Un pensamiento!

Una flor! Dime de quién?

RAF. Un pensamiento marchito!

LUIS. Algun recuerdo?

RAF. Tal vez.

LUIS. ¿Quieres hacerme su historia?

RAF. Su historia? Sí, escúchame.

(Rafaela habla conmovida.)

Una tarde de aquel tiempo,
que ya no puede volver,
en que contigo vivía,
fuímos al campo á comer
todos, porque era la fiesta
de tu padre. Qué dia aquel!...
Sereno el cielo, brillando
el sol con esplendidez,
sin que una nube empañase
el gigantesco dosel.
Un árbol nos daba sombra,
cantos aves más de cien,
la soledad su dulzura,
el césped mesa y mantel.
Horas pasaron riendo:
te levantaste á coger
un pensamiento; ante tí
mi frente alegre bajé
y en mi cabello enredado
conmigo á mi casa fué.
Se secó; mas vive aquí,
aquí, donde dices bien
que guarda dulces recuerdos
el alma de la mujer!
¿Es un pensamiento, es dália,
es camelia? No lo sé,
no me importa. Yo veía
tras esta flor sólo á él;
yo la quiero, no por ella,
por los suspiros que ayer
en su cáliz me mandaban,
que con mi labio robé!
Con mi llanto la he regado,
y cuando en misa me hallé,
viendo esta flor, si rezaba

á Dios rezaba por él.
Él juraba no olvidarme,
yo sí que no le olvidé.
Él á otra regala flores,
y hoy yo lo mismo que ayer
mi pensamiento confundo
con el pensamiento de él! (Llorando.)

LUIS. ¡Perdon, perdon, Rafaela!
¿Lloras? Déjame beber
de rodillas esas lágrimas
que derramas en tropel
por mí, pues con su amargura
yo me purificaré.
¿Me perdonas?

RAF. Si he llorado
por tí, ¿qué más puedo hacer?
¡Tú la culpa y yo el castigo!

LUIS. Si eres ángel del Eden.
En prueba de mi perdon,
como en otros tiempos... (Intenta abrazarla.)

RAF. (Rechazándole.) Qué!

LUIS. Ven.

RAF. Tú la culpa y el premio.

LUIS. Ven, Rafaela, como ayer,
con la mayor inocencia.

RAF. Si es sin malicia...

LUIS. (Abrazándola.) Lo es.

RAF. Como amigos, como hermanos.

LUIS. Como marido y mujer.

ESCENA IV.

DICHOS, LEONOR, por el fondo.

LEONOR. Qué estoy viendo!
(Se separan Luis y Rafaela.)

LUIS. (Si es mi sombra.)

RAF. (Válgame Dios!)

LEONOR. Otra vez!
Qué instintos tan demagógicos.
Usted es un Lucifér.
La que se pone á su alcance...

¡Jesús, María y José!
Como los tres no la asistan
se ha divertido!

LUIS. Bien, bien.

LEONOR. Mal, mal.

LUIS. Soy un hombre honrado,
la quiero, me casaré.

LEONOR. Bíen hecho, será un enlace
igual, muy igual, *mon Dieu*!
Entre burgueses...

LUIS. (Exasperado.) Señora,
pero ¿quién la mete á usted?
Mas valiera...

LEONOR. ¡Basta, basta!
Rafaela, anúncieme.
(Salen por la derecha.)

ESCENA V.

LUIS.

Ese ángel de bendicion
de mi orgullo me ha curado,
que cual todos le he llevado
dentro de mi corazon.
¡Vanidad! de Salomon
gritó la sabiduría,
más en vano clamó un dia,
pues firmes en nuestro empaque
no hay conjuro que nos saque
del cuerpo la tontería.
Con halagos y con flores
se conquistan las bellezas;
del sabio las asperezas
vencen los aduladores;
á Dios le piden favores
con incienso la piedad,
y en esta vil sociedad,
desde el chino al español,
nada hay nuevo bajo el sol,
porque todo es vanidad.
Recibe mi maldicion

humana naturaleza.
¡Con tanto humo en la cabeza
sin fuego en el corazon!
Ah! ¿por qué no soy Sanson
y con golpes te magullo,
mundo, que en loco barullo
haces vacilar la esfera
con tu inmunda borrachera
de frio y añejo orgullo!
Mujer, ¡de tí ya estoy harto!
Hombre, ¡yo te quiero mal!
Mujer, ¡no vales un real!
Hombre, ¡no vales un cuarto!
De tu belleza me aparto
y tu talento me enfada,
pues tanta soberbia hinchada
y tan necias vanidades,
son sólo en las sociedades
humo y aire y sombra y nada.

ESCENA VI.

DICHOS, SAN MARTIN, MANUEL.

Entran por el fondo muy pensativos.

MANUEL. (Aquí estamos. Siempre juntos.
Él el señor y yo el perro.
Como dos almas en pena
escapadas del infierno.)
LUIS. (Ellos. Me marcho.) (Sale.)
MARTIN. (Con aspereza.) ¿Qué tienes,
qué te sucede?
MANUEL. Qué tengo?
Casi nada, hastío, spleen,
rabia, desfallecimiento,
amargura, calor, frio,
hambre, sed, furor, despecho,
ira, desesperacion,
odio, angustia, desconsuelo,
terror, ganas de morirme...
MARTIN. Calla!

MANUEL. ¿Callarme? No quiero.
MARTIN. Cómo!
MANUEL. Desde hoy vida nueva.
Se me acabó el sufrimiento.
Á tu suerte te abandono,
me despido, me sublevo,
y te niego la obediencia
y campo por mis respetos.
Ah! te callas! Ya vacilas,
ya dudas, ya tienes miedo.
¿Qué vas á hacer?
MARTIN. No lo sé.
MANUEL. ¡Insensato, loco, ciego!
No puedo más. He apurado
la copa del sufrimiento.
Qué vida! Qué cuatro meses!
He vendido cuanto tengo
ménos el frac. Él ha sido
mi amigo, mi compañero,
mi salvador. Pobre frac!
Ayer te perdió tu dueño.
Recorrí en tu compañía
bodas, comidas y almuerzos;
del ambigú, del buffet
tú las puertas me has abierto,
y gracias á tí he podido
sostener por algun tiempo
el orgullo de mi alma
y el empaque de mi cuerpo.
Mas contigo me dejaron
bailes, bodas y conciertos.
En el último sarao
sólo sorbetes me dieron
y aunque tomé dos docenas,
hoy sostenerme no puedo,
que harto puedes comprender,
pues eres de carne y hueso,
que con quesitos helados
no se vive mucho tiempo.
Yo renuncio á estas grandezas
y al nombre de mis abuelos,
que gran hambre y gran orgullo

son cargas con que no puedo.
¿Callás? Apruebas mi plan?
¡Que elocuente es tu silencio!
Si al menos tú te casases...
La niña tiene dinero...

MARTIN. Casarme con Pilar? Nunca!

MANUEL. Hombre... ¡me dejas suspenso!

MARTIN. Me gustó mucho... la hablé...
mas no sé lo que me he hecho.
¿Casarme con ella... hoy...
hoy, que casi nada tengo?

MANUEL. Suprime el casi.

MARTIN. (Con violencia.) Jamás!
Oh! para darla derecho
á decir que me ha salvado
de la miseria!

MANUEL. Pues creo
que diría la verdad.

MARTIN. No es posible.

MANUEL. Bravo!

MARTIN. Vengo
decidido á que rompamos.

MANUEL. Qué dice? Adios mis proyectos!
Pero hombre, esas reflexiones,
muy oportunas por cierto,
bien pudiste hacerlas ántes.
Hoy rompes con ella, ¿y luégo?

MARTIN. Despues...

MANUEL. ¿Qué vamos á hacer?
Pedir limosna, ¿no es esto?
¿Qué haremos?

MARTIN. (Con agitacion.) Lo que Dios quiera!
Mas lejos de aquí, muy lejos,
donde nadie nos conozca,
con otro nombre diverso,
muy lejos!

MANUEL. Bien; cálmate.
ten valor.

MARTIN. Habremos muerto
para el mundo.

MANUEL. Bien pensado.
Morir es lo que yo temo

para mí, que al cabo el mundo
cosa es que me importa un bledo.

MARTIN. Anunciaremos un viaje
para Lóndres, y saldremos
con dignidad.

MANUEL. (*Con orgullo.*) Como sale
un San Martin! ¡Lo primero
la dignidad!

MARTIN. Sin que sepa
ninguno nuestro secreto.
Ah, qué vergüenza!
(*Oculta el rostro entre las manos.*)

MANUEL. Qué dices?
Vergüenza! Pero estás lelo?
Si sólo tiene vergüenza
quien tiene mucho dinero,
culpemos á Dios tan solo,
que hizo en su saber inmenso
con vergüenza á medio mundo
y sin ella á mundo y medio.

ESCENA VII.

DICHOS, D. ANTONIO, *por el fondo.*

ANT. (Ya hemos hecho propaganda.
Ahora á mi casa me vuelvo.
No es digno exhibirse tanto.
Ahora aquí tranquilo espero.
Algun amigo se encarga
de formar el ministerio,
me llama, me envía un coche,
me hago esperar, conferencio,
pongo obstáculos, insiste
y por patriotismo acepto.)

MARTIN. Don Antonio...

ANT. ¿Qué tal va?
¿No ve usted como yo acierto?
¡Los mios! Hemos subido
y de esta vez no caemos.

MARTIN. Le felicito...

ANT. Yo soy

siempre el mismo.
MANUEL. Por supuesto.
ANT. Y si ustedes necesitan
para un amigo un empleo...
MANUEL. ¡Para un amigo! (Entusiasmado.)
MARTIN. (Bajo.) (Manuel!)
MANUEL. Don Antonio, por supuesto.
MARTIN. (Calla. (Bajo.)
MANUEL. No callo. ¿Estás loco?
Si he dicho que me sublevo.)
MARTIN. No le importunes ahora.
Espera que pase tiempo.
ANT. No importa. ¿Es jóven?
MANUEL. Muy jóven
y muy infeliz.
ANT. Pues hecho.
MARTIN. No hay prisa.
MANUEL. Sí. (Fratricida!
¡Por hambre me sitia el pérfido!)
MARTIN. Pero hombre...
ANT. Vengan ustedes
y en mi despacho hablaremos.
¿Pero es mozo aprovechado?
MANUEL. Hasta ahora de gran provecho
no ha sido, pero no es tonto.
MARTIN. Yo me retiro.
ANT. Hasta luégo.
MARTIN. (Manuel... (Bajo.)
MANUEL. Yo no te conozco.
MARTIN. Oye! (Bajo.)
MANUEL. Que no te obedezco.
Adios, diviértete.) ¿Vamos?
(Será posible! Un empleo!)
(Salen por la derecha.)

ESCENA VIII.

SAN MARTIN, PILAR.

MARTIN. (Ella. Valor, corazon.
Rompamos el compromiso.)
PILAR. (Es él. Me alegro. Es preciso

que me dé una explicacion.)

MARTIN. (Yo su título quisiera.)

PILAR. (Su nombre me convenía.)

MARTIN. (Yo á mi modo la quería.)

PILAR. (Yo le quiero á mi manera.)

MARTIN. (La siento hácia mi venir.
Tengo del espanto el frio.)

PILAR. Diga usted, amigo mio,
¿no tiene más que decir?

MARTIN. Como te ví tan callada,
por no parecer molesto
te quise imitar.

PILAR. ¿Qué es esto?
¿No merezco una mirada?
Otra quizás...

MARTIN. Pilar, no.

PILAR. No niegues; otra hermosura...

MARTIN. ¿Quién ha dicho?

PILAR. (Con despecho.) ¡Por ventura
ella vale más que yo!
Alabarme no querría.
Yo no he de negar que es bella.
Cierto que la cara de ella...
mas tú has dicho que la mia...
Yo nunca negar podré
de su cuerpo la apostura,
más segun tú mi cintura
es de lo que no se vé.
Con su edad mi edad compara,
con el suyo mi semblante...
Sí, será más elegante,
pero es más vulgar su cara.
Mas elegante, eso sí,
pero ¿no es exagerado
casi siempre su tocado?
¿no va recargada, dí?
De gusto á gusto hay distancia.
Tú lo has dicho veces ciento.
Vamos, tendrá más talento,
pero no más elegancia.
Mas talento á no dudar.
Más siempre ¡qué pretenciosa,

qué hinchada, qué artificiosa
en su manera de hablar!
¡Diciendo á cada momento
mil y mil vulgaridades!
Sí, tendrá otras cualidades,
mas no me excede en talento.
¿Por qué, pues, de esa hermosura
prefieres la gentileza,
si en mi superior belleza
proclamas, mejor figura,
y otras y otras condiciones,
que decir encuentran mal
mi modestia natural
y mis pocas pretensiones?

MARTIN. Que á otra prefiero!

PILAR. Qué oprobio!
Por una viuda dejarme!
(Infame mujer! Quitarme
desde el vestido hasta el novio.)

MARTIN. Pero, en fin, dime quién es.

PILAR. ¡Yo regalarte el oido
diciendo un nombre querido!
Celosa estoy! Ya lo ves.
Te quiero y me aflige el llanto.
Si mi rival otra fuera,
aunque mucho lo sintiera
no lo sentiría tanto.
Pero ella! Sus gustos son
vencerme, tenerme á raya.
¡Ganar ella esta batalla
suprema del corazon!
¿Cómo consentirlo, dí?
Jamás lo toleraré.
Se subleva no se qué
que siento dentro de mí.
¡Vencida por esa dama!
Oh! vergüenza! Oh! deshonor!
¿Lo ves? Si esto no es amor
yo no sé como se llama!

MARTIN. Que me acrimines así
no he merecido, Pilar.
Quieres sin duda acabar

y echarme la culpa á mí.
Yo siempre galante soy.
Maltratado sin razon,
acepto la indicacion
y me despido y me voy.
Aunque me duela y me asombre
me resignaré á partir.

PILAR. (Dice que quiero concluir.
¡Qué mal me conoce este hombre!)
Si no eres, cual otros son
criminales contumaces,
aún podemos firmar paces.
Exijo una explicacion
clara, fácil, natural.

MARTIN. ¿Una explicacion?

PILAR. De tí.

MARTIN. Habla.

PILAR. ¿Dónde tienes, dí,
tu anillo?

MARTIN. (Turbado.) Mi anillo? Cuál?

PILAR. Tu anillo. Ya estás turbado.
¿Por qué me hablas aturdido?

MARTIN. (Dominándose.)
Ah! ya caigo. Le he perdido.

PILAR. Alguna se lo ha encontrado.
¿No das más explicaciones?

MARTIN. (Sabrá tal vez la verdad!)

PILAR. ¡Qué engaño, qué falsedad!
Ya descubrí tus traiciones.
Hay quien le lleva en la mano.

MARTIN. Cómo! (Sorprendido.)

PILAR. Cual prenda de amor.
Pronto aquí vendrá Leonor.
Ella explicará el arcano.

ESCENA IX.

DICHOS, MANUEL, por la derecha.

MANUEL. (Qué fortuna! Me empleó!
Ya soy todo un funcionario.

Si es ministro, el secretario
particular seré yo.)

MARTIN. (Aquí ya ¿qué me detiene?)

MANUEL. (¡La suerte al fin me acaricia!
¡Dicen que es una delicia
firmar la nómina!)

PILAR. Ahí viene.

ESCENA X.

DICHOS, LEONOR, por la derecha.

LEONOR. Pilar...

PILAR. (Preferir á ella!)

LEONOR. Con tu papá discurría.
Estás pálida, hija mia,
pero estás así más bella.
Dan un aire singular
esos tonos delicados.
Colores arrebatados
son de ninfas de lugar.
¿Y usted, San Martin? Le veo
lleno de melancolía.

MARTIN. Pues yo...

LEONOR. Una cara sombría
atrae mucho: ya lo creo.
Los rostros alegres son
propios de ignorante gente.
Cierto ceño indiferente
significa distincion.
(Mirando á Manuel.)
(Qué diferentes hermanos!
Este Manuel siempre aquí
como un poste. Ay! éste sí
que tiene colores sanos.)

MANUEL. (Qué insoportable señora!)
(Pilar se acerca á Leonor.)

PILAR. Ay! qué reló tan precioso. (Examinándole.)

LEONOR. No tal: algo caprichoso.
¿No me le has visto hasta ahora?

PILAR. Por primera vez le veo.

MARTIN. (Ya va tendiendo las redes!)

LEONOR. (Ofreciendo el relój.)
No vale nada: es de ustedes.
MANUEL. (Lo que es mio, ya lo creo.)
LEONOR. Algun tiempo tiene ya;
mas siempre le llevaré,
que este reló lo heredé
de papá.
MANUEL. (Imitándola.) (De su papá!)
LEONOR. Bien su antigüedad revela,
aunque se halla en buen estado.
Papá lo había heredado
de mi abuela.
MANUEL. (Imitándola.) (De su abuela!)
Pues ya tendrá más de cien
años, si bien cuento yo.
LEONOR. Sí, mi abuela lo adquirió...
MANUEL. (¿De quién, Dios mio, de quién?)
LEONOR. Por donacion...
PILAR. ¿De quién, dí?
LEONOR. Al volver de aquella tierra...
De la reina de Inglaterra.
MANUEL. (Llevándose las manos á la cabeza.)
(¡María santísima! Sí,
y la reina lo adquirió
del Sultan, que era su tio,
el cual fundó un Monte Pío
donde lo he empeñado yo.)
PILAR. ¿Y ese anillo? (Examinándole.)
LEONOR. ¿Le miraste
despacio? Acércate, ven.
MANUEL. (Con sorna.) ¿Ese es herencia tambien?
LEONOR. Es compra.
PILAR. (Incrédula.) ¿Tú le compraste?
MARTIN. (Va la verdad descubriendo
poco á poco. Estoy temblando!)
LEONOR. Paso la vida comprando.
MANUEL. (Otros la pasan vendiendo!)
LEONOR. Comprando vivo, y así
acabar mi vida espero.
Yo voy tirando dinero.
MANUEL. (¡Quién fuera detrás de tí!)
PILAR. ¿Afirmas que le has comprado?

LEONOR. ¿Qué te sorprende, mujer?
Vaya, en casa de Samper.
Buen dinero me ha costado.
Pero le dí sin apuros.
Justos seis mil reales dí.

MANUEL. (Con naturalidad y muy alto.)
Ay! qué ladrones, y á mí
me dan por él veinte duros!

LEONOR. Cómo! (Sorprendida.)

MANUEL. (Ya se me escapó.)

MARTIN. (Manuel!) (Bajo.)

MANUEL. Sí, ¿por qué negar?

PILAR. Pero usted...

MANUEL. Claro, Pilar.
Si es que le he empeñado yo.

LEONOR. ¿Usted, Manuel? (Estupefacta.)

PILAR. ¿Usted? Pero
es posible?

MANUEL. Ya lo ve.

LEONOR. Lo ha empeñado usted, ¿por qué?

MANUEL. Porque no tengo dinero,
porque estamos arruinados.
¿Hay en esto algun borron?

MARTIN. (Basta!) (Bajo.)

MANUEL. En tal momento son
fingimientos excusados.
Porque me acosa un enjambre
de acreedores imprudente...

MARTIN. (Bajo.) (Dilo, hombre, más suavemente.)

MANUEL. (Con mucha finura.)
¡Y porque tenemos hambre!

LEONOR. Hambre! Qué frase, qué nombre
tan plebeyo y tan vulgar!

PILAR. (¡Cómo me pude engañar!
¡Y yo hice caso á este hombre!)

LEONOR. (Ah! señor, con qué impudeza
asalta esta turba oscura
á casas de cierta altura
y á gentes de cierta alteza!)

MANUEL. Vamos, ya hemos acabado.
Ya del lío hemos salido.

MARTIN. (Bajo.) (Me has perdido, me has perdido!)

MANUEL. (Bajo.) (Justo; y tú nos has ganado.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. ANTONIO, despues RAFAELA.

(Entra por el fondo y se pasea inquieto.)

ANT. Estoy nervioso, impaciente.
Nadie viene por aquí.
¡Si prescindirá de mí
esa desdichada gente!

LEONOR. Qué preocupado, que sério
el que siempre alegre ha sido!
(Entra Rafaela por el fondo con un pliego.)

RAF. Señor: esto le han traido
de no sé que Ministerio.

ANT. (Cogiendo el pliego con ansiedad.)
Dame! (Por fin! Oh! placer!)

RAF. Esperan contestacion.

ANT. Me palpita el corazon.
y no me atrevo á leer.

LEONOR. Abra usted.

ANT. (Agitado.) No puedo abrir.

LEONOR. Mayor timidez no cabe!
Ya! Será lo que usted sabe.

PILAR. Eso que debe venir.
Tu probidad, tu programa
liberal, tu consecuencia...

LEONOR. Y á más su gran elocuencia,
y su saber y su fama.

ANT. Lo que espero debe ser.

PILAR. Abre ya y acabe el susto.
(Qué felicidad, qué gusto!
Voy á subir al poder!)

LEONOR. En mí no hay duda.

PILAR. Ni en mí.

LEONOR. Su elocuencia poderosa...

MANUEL. (Con acento solemne.)
Y su obra maravillosa
sobre el tabaco.

ANT. Sí, sí.

LEONOR. Vamos, ¿en qué está pensando?

Lea usted ya.

ANT. Con permiso
de ustedes. (Abre el pliego.)

PILAR. ¿Es el aviso?

LEONOR. Vamos, ¡le están esperando!
(D. Antonio lee para sí.)

PILAR. (Qué suerte tan estupenda!
¡Á cuantos voy á emplear!)
¿Papá, dí, la de Ultramar?

LEONOR. Don Antonio, ¿la de Hacienda?

ANT. Gran Dios!

LEONOR. (Se ha quedado blanco
cual el papel.)

MANUEL. (Ya me veo
cobrando!)

ANT. Qué es lo que leo!

PILAR. ¿Qué te ofrecen?

ANT. (Fuera de sí.) ¡Un estanco!

PILAR. ¡Qué infamia, qué villanía!

LEONOR. Alguna broma pesada
de un amigo.

MANUEL. (Qué tostada!
Adios mi secretaría!
Le han pegado á la pared.)

PILAR. ¡Qué envidiosa patulea!

MANUEL. (Dándose un golpe en la frente.)
Un estanco! Oh! Dios, qué idea!
Hombre, cédamele usted. (Á D. Antonio.)

ANT. (Muy abatido.) Jamás hubiera pensado...
Tenía tanta confianza...
Perdí mi última esperanza ...
Hoy que me encuentro arruinado.

LEONOR. Qué dice usted?

MANUEL. (Agua va!)

ANT. Yo no sé lo que me pasa.
Hay que dejar esta casa,
el coche...

PILAR. Calla, papá.

ANT. Callar cuando estoy perdido.

PILAR. Tú te alarmas fácilmente.

LEONOR. Ay! Dios mio! Entre qué gente
tan mísera me he metido!)

ANT. Esto no dura sin mí.
LEONOR. (No pasan de mayordomos.)
MANUEL. (Por lo visto todos somos
capitalistas aquí.
PILAR. (Adios coche de mi vida
y posicion envidiada.)
ANT. (Adios cartera anhelada.)
MANUEL. (Adios nómina querida.)
LEONOR. (Yo me voy. Rebeldes son
mis nervios. Ya no estoy bien.
Se alborotan cuando ven
cuadros de desolacion.
(Á Pilar con tono de proteccion.)
Tú no me harás el ultraje,
Pilar, de creer que te olvido,
y pues está decidido
el suprimir tu carruaje,
el mio te ofrezco yo,
desde ahora tuyo tambien,
á la Dumont rico tren
con cuatro caballos.
PILAR. (Oh!)
LEONOR. Un carruaje bien sencillo:
blanca la caja, pintadas
ambas ruedas azuladas
y el interior amarillo.
Llevando de verde al groom,
y yo toda de encarnado,
cuando pase por el Prado
he de llamar la atencion.
Manuel, San Martin, cual plomos
no estén ahí. Recobren bríos.
Ustedes son de los mios
y los tres somos quien somos.
No por gracias, ni mercedes,
de los mios con derecho,
por más que la suerte ha hecho
de las suyas con ustedes.
Don Antonio, esta tronada
deseo que pase luégo:
vida es polvo, ambicion fuego,
gloria es humo y humo es nada.

Lo pasado olvide ya;
corra usted al otro bando,
siga escribiendo y hablando,
y usted será, usted será...
Adios todos. (Conducirme
no pude mejor á fé.)
Voy de viaje: no podré
bajar luégo á despedirme.
(Ni un adios. Qué sociedad
es esta tan baladí!
Vamos pronto, porque aquí
peligra mi dignidad!)

ESCENA XII.

DICHOS, LUIS.

Al llegar Leonor á la puerta del fondo entra Luis y la detiene.

LUIS. Señora mia, perdon.
Á detenerla me atrevo.
Ante todos hacer debo
pública retractacion.
LEONOR. Hable usted con claridad.
LUIS. Yo he proclamado, señora,
que usted era mi deudora,
y he dicho una falsedad.
Hoy mismo á verme ha venido
su administrador...
LEONOR. (Interrumpiéndole.) Bah, bah!
No hablemos: pagado está
y este negocio concluido.
Luis, qué le vamos á hacer.
Siento el rato que le he dado.
Ese pico se ha extraviado
entre el Debe y el Haber.
Reclamando mis instantes
las clases menesterosas,
no puedo fijarme en cosas
que son insignificantes.
¡Yo ocuparme del dinero

cuando tengo contador,
secretario, interventor,
depositario, cajero,
y dos ó tres abogados;
y cuatro procuradores;
y cinco administradores;
y en fin, quince apoderados!
Sumas de más entidad
me son á mí indiferentes,
y nunca apremio á las gentes,
que es falta de caridad.
En fin, ya cobró esos reales,
si más quiere, *sans façons*,
pongo á su disposicion
mi caja y las sucursales.

MANUEL. (Esta dama es una alhaja.)

LUIS. Usted me confunde ahora,
mas Dios me libre, señora,
de pedir nada á su caja.
Sé que tesoros encierra,
pues segun cierto rumor
ni usté es Guzman, ni Leonor,
sino Nicolasa Sierra,
y es rica y tiene oficina,
porque doña Nicolasa
es la dueña de la casa
de préstamos de la esquina.

PILAR. Tú, Leonor! (Con tono burlon.)

LEONOR. (Turbada.) ¿Yo? Vaya un modo
de mentir!

LUIS. Seguí la pista
y supe...

MANUEL. (La prestamista!
Ahora lo comprendo todo!)

PILAR. Pero es cierto?

LUIS. Claro está.

ANT. Usted, señora? Qué lío!

MANUEL. (La prestamista, Dios mio!
Estoy por pedirla el frac.)

LEONOR. No es cierto. Calumniadores!
Algnna equivocacion...
Vaya, conocidos son

todos mis antecesores.
Los Pimentel, los Sarmiento,
los Guzmanes y Bazanes.

LUIS. Cielo santo! Los Guzmanes
prestando á ciento por ciento!

LEONOR. Me cree usted, Manuel?

MANUEL. Yo no.

LEONOR. No me cree?

MANUEL. No en mis dias.

LEONOR. Cómo!

MANUEL. (Arrogante.) Usted no es de las mias!
Devuélvame usté el reló.

LEONOR. ¿Usted, San Martin, cree lógico?

MARTIN. (Asperamente.)
No me importa que lo sea.

LEONOR. Qué calumnia! Que se vea
mi árbol genealógico.
Árbol bien poco modesto,
que es de lo que no se ve!

LUIS. (Irritado.)
Señora, el árbol de usté
no llega siquiera á tiesto!

LEONOR. (Mañana de Madrid salgo.)
¡Que esto de mí se asegure!

ANT. Cálmese usted, no se apure,
que no la vaya á dar algo.
(Leonor se sienta muy sofocada.)

PILAR. Luis... (Adelantándose y con timidez.)

LUIS. ¿Qué quieres, serafin?
Habla, sigue, no te azores.

PILAR. (Sonriendo.)
Tú ya no me mandas flores.

LUIS. (Llevándose la mano al pecho.)
Ay! se ha secado el jardin!
Con otro serás dichosa.
Me engañaste y no me vengo.
Mas hoy sólo flores tengo
para mi futura esposa.
(Presenta á Rafaela.)

PILAR. Ah! Con ella? Tan vulgar!
¡Los dos me dan compasion!

LEONOR. ¡No sé los que pobres son

por qué se quieren casar!

PILAR. (Qué importa.)

ANT. (No desespero.)

MARTIN. (Quién se espanta...)

LEONOR. (Quién se apura.)

ANT. Mi talento! (Con petulancia.)

PILAR. (Mirándose.) Mi hermosura!

MARTIN. Mi nobleza! (Irguiéndose.)

LEONOR. (Mirando á todos con desden.)
Mi dinero!
Me envidiarán más de veinte,
ese mismo descortés.
Ah! *mon Dieu*!

LUIS. (Á Rafaela.) ¿Pero no ves
qué orgullo tiene esta gente?

RAF. Déjalos: enfermedad
sin cura llevan consigo.
Tienen su justo castigo
en su propia vanidad.
Tú tambien...

LUIS. Estuve loco;
mas curé de la dolencia.
En el mar de la existencia
¿quién no se marea un poco?
Curarme ha sido tu intento
y desde hoy para tí son
la flor de mi corazon,
la flor de mi pensamiento.
Mi dulce esposa serás,
y al contemplarme tu esposo
iré á tu lado orgulloso!

RAF. Orgulloso? Otra vez más!

LUIS. (Sonriendo.)
No tanto: permite al ménos
á los míseros nacidos
orgullo por ser queridos
y vanidad por ser buenos.
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que correspond
,sort y aventura	1	E. Vidal	Libro.
)e Barcelona al Parnás	1	Idem	Libro.
,a cieguecita	1	Sres. Moratilla y Andrey.	L. y M.
as campanetas	1	D. E Vidal	Libro.
)os Milions	1	Idem	Libro.
Ii se empieza ni se acaba	1	Sres. Granés y Cereceda	L. y M.
'or la tremenda	1	Salvador M. Granés	Libro.
Jna jaula de locos	1	D. M. Fdez. Caballero	Música
'ot mes qui piula	1	E. Vidal	Libro.
Jn pobre diable	1	Idem	Libro.
,a criada	2	Idem	Libro.
,a gran sastresa	2	Idem	L. y M.
La manescala	2	Idem	Libro.
La masovera	2	Idem	L. y M.
Lo somni daurat	2	Idem	Libro.
Los pajes del Rey	2	L. Mariano de Larra.	Libro.
El convidado de piedra	3	Sres. Castillo y Manent	L. y M.
Blancos Á azules	3	Ciern, Nogués y Cab.	L. y ½ M.
El siglo que viene	3	D. M. Fdez. Caballero	Música
El viaje á la luna	3	L. Mariano dé Larra.	Libro.
La guardiola	3	E. Vidal	Libro.
Juan de Urbina	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

ZARZUELAS.

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: *El proscripto, La pena capital, Bernardo el Calesero, El sorteo, La verdadera Carmañola, Los amigos de los pobres, Los aventureros* y *Romper cadenas.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.